



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

LA ÚLTIMA NOCHE DE LA VIOLENCIA

El fútbol y la danza de los matachines en el barrio Punta del Este de
Buenaventura, entre la guerra y la resistencia





UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

LA ÚLTIMA NOCHE DE LA VIOLENCIA

**El fútbol y la danza de los matachines en el barrio Punta del Este de
Buenaventura, entre la guerra y la resistencia**

Jorge Andrés Bautista Bulla

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas –
Maestría en Estudios Culturales
2020



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

LA ÚLTIMA NOCHE DE LA VIOLENCIA

**El fútbol y la danza de los matachines en el barrio Punta del Este de
Buenaventura, entre la guerra y la resistencia**

Jorge Andrés Bautista Bulla

Tesis de investigación presentada como requisito para optar el título de:
Magíster en Estudios Culturales

Director:

Paolo Vignolo, Doctor en Historia y Civilizaciones
EHESS, Paris

Líneas de investigación:

Historias, Identidades y Alteridades

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas

Maestría en Estudios Culturales

2020

“Las páginas que siguen están dedicadas a aquellos niños que una vez, hace años, se cruzaron conmigo en Calella de la Costa. Venían de jugar al fútbol, y cantaban: Ganamos, perdimos, igual nos divertimos”.

Eduardo Galeano



Fotografía de Jorge Bautista. Barrió Punta del Este, abril 19 de 2017.

En memoria de:

Rubén Darío Valencia Aramburo, 17 años

Pedro Luis Aramburo Cangá, 19 años

Manuel Concepción Rentería Valencia, 16 años

Luis Mario García Valencia, 21 años

Carlos Arbey Valencia García, 18 años

Víctor Alfonso Angulo Canga Mosquera, 21 años

Manuel Jair Angulo Rodallega, 18 años

Leonel Salcedo García, 20 años

Hugo Armando Mondragon Valencia, 27 años

Rodolfo Valencia Benitez, 18 años

Carlos Javier Segura Belalcazar, 15 años

Edison Bernardiño, Edad desconocida

Declaración de obra original

Yo declaro lo siguiente:

He leído el Acuerdo 035 de 2003 del Consejo Académico de la Universidad Nacional. «Reglamento sobre propiedad intelectual» y la Normatividad Nacional relacionada al respeto de los derechos de autor. Esta disertación representa mi trabajo original, excepto donde he reconocido las ideas, las palabras, o materiales de otros autores.

Cuando se han presentado ideas o palabras de otros autores en esta disertación, he realizado su respectivo reconocimiento aplicando correctamente los esquemas de citas y referencias bibliográficas en el estilo requerido.

He obtenido el permiso del autor o editor para incluir cualquier material con derechos de autor (por ejemplo, tablas, figuras, instrumentos de encuesta o grandes porciones de texto).

Por último, he sometido esta disertación a la herramienta de integridad académica, definida por la universidad.

Jorge Bautista
c.c. 1.031.144.904 Bta.

Jorge Andrés Bautista Bulla

RESUMEN

El conflicto armado colombiano pareciera haber superado los límites de la imaginación, con altos grados de sevicia y crueldad desplegados en el territorio nacional por más de 70 años. La región del Pacífico caracterizada por la unión, solidaridad y alegría de los pueblos afro descendientes, es a la vez zona de gran importancia económica y geográfica, donde diferentes grupos armados han implementado estrategias de control que generan daños culturales al territorio y sus habitantes; propiciando transformaciones que son a la vez semilla de procesos de sanación, resiliencia y resistencia.

El 19 de abril del año 2005, 11 jóvenes del barrio Punta del Este de la ciudad de Buenaventura fueron engañados por un grupo paramilitar para jugar un partido de fútbol. Dos días después aparecieron asesinados con señales de tortura junto a otro cuerpo desconocido. Los jóvenes, guiados por sus madres quienes fundaron el barrio luego de migrar de la región de Yurumanguí, tenían como proyecto de vida construir relaciones solidarias en el barrio a través del fútbol y la danza de los matachines.

14 años después, en medio de la impunidad, la comunidad busca preservar sus prácticas culturales, sanar el dolor causado por la masacre, reconstruir las relaciones afectadas por la guerra y tener justicia, a través de un ejercicio conmemorativo anual llamado la Última Noche de la Violencia, donde la práctica del Fútbol y la Danza de los Matachines tienen un lugar protagónico.

La presente investigación fue desarrollada con el objetivo de analizar los efectos que ha tenido la práctica del fútbol y la danza de los Matachines en el barrio punta del Este de la ciudad de Buenaventura entre los años 2005 y 2019. Esta investigación se constituye como en el primer insumo escrito que retrata la masacre, así como el surgimiento y desarrollo de la conmemoración, a partir de la información recopilada en 3 años de trabajo de campo, haciendo uso de métodos etnográficos, entrevistas semi estructuradas, revisión de archivo y de algunos de los principios de la Investigación Acción Participativa, que fueron transformado la iniciativa académica en un proyecto que supero los límites de la investigación.

Palabras clave: daño cultural, fútbol, matachines, Buenaventura, conflicto armado.

ABSTRACT

The Colombian armed conflict seems to have exceeded the limits of the imagination with high levels of ruthlessness deployed on the national territory for more than 70 years. The Pacific region is characterized by the union, solidarity and joy of Afro-descendant people. However, it is also an area of great economic and geographical importance where different armed groups have implemented control strategies through the generation of cultural damages over the territory and its inhabitants, promoting transformations that are, at the same time, the seed of healing, resilience and resistance processes.

On April 19th 2005, 11 young people from the Punta del Este neighborhood in the city of Buenaventura were tricked by a paramilitary group to play a football game. Two days later, they were found murdered with signs of torture next to another unknown body. Those youngsters guided by their mothers, who founded the neighborhood after migrating from the Yurumanguí region, had as a life project to build solidarity relationships in the neighborhood through football and the dance of the Matachines.

Fourteen years later, in the midst of impunity, the community seeks to preserve its cultural practices, heal the pain caused by the massacre, rebuild the war-affected relations and achieve justice through an annual commemorative act called “The Last Night of the Violence”, where the practice of Soccer and the Dance of the Matachines have a leading place.

It is important to bear in mind that this research was developed with the objective of analyzing the effects that the practice of soccer and dance of the Matachines has had in the Punta del Este neighborhood, in the city of Buenaventura between 2005 and 2019. Thus, based on information gathered in 3 years of fieldwork, this paper constitutes the first written input that portrays both, the massacre and the subsequent emergence and development of the commemoration. For this, ethnographic methods, semi-structured interviews and file review are used, and some principles of Participatory Action Research are resumed. In that process, the academic initiative was transformed into a project that exceeded the limits of research.

Keywords: cultural damage, football, Matachines, Buenaventura, armed conflict.

Contenido

RESUMEN.....	6
Organización general del documento	17
CONSIDERACIONES CONCEPTUALES Y METODOLÓGICAS.....	19
Consideraciones conceptuales	19
El conflicto armado en Colombia y en la ciudad de Buenaventura.....	21
El daño cultural	23
Los bienes comunes.....	26
Comunidad de sentido.....	35
Los tráficos y agencias culturales.....	39
Consideraciones metodológicas	44
LOS ONCE MATACHINES DE PUNTA DEL ESTE	49
19 de abril del 2005	50
La noche que nunca terminó	61
DE YURUMANGUÍ A BUENAVENTURA: LA HISTORIA DE KIKI, PIRO Y PRICI ...	68
La vida en Yurumanguí y la fundación de Punta del Este	69
La danza de los matachines y el fútbol.....	76
La conmemoración.....	84
FÚTBOL Y DANZA EN MEDIO DE LA GUERRA.....	92
El conflicto armado en Colombia y en Buenaventura	94
Prácticas culturales y afectaciones a los bienes comunes en medio del conflicto armado	100
De Yurumanguí a Buenaventura: una comunidad de sentido para toda la ciudad	106
DOCE DISPAROS A GOL	110
BIBLIOGRAFÍA.....	125
ANEXO 1. Perfiles de matachines entregados al Museo de Memoria de Colombia	131
ANEXO 2. Video documental Doce Disparos a Gol	¡Error! Marcador no definido.
ANEXO 3. Stickers exposición Doce Disparos a Gol..	¡Error! Marcador no definido.

INTRODUCCIÓN

Entonces yo, bueno ya [mi hijo] murió, ya no va a volver más, pero si yo no quiero que nuestra cultura se muera, yo ¿qué tengo que hacer?, meter energía al cuerpo ¿no?, vamos a seguir para delante y muchas me llamaron la atención en el barrio “ustedes no pueden dejar, ustedes tienen que seguir, porque así se viene quedando una memoria para ellos [los jóvenes], ustedes tienen que poder (...) ¿Cómo vamos a dejar morir eso? Nosotros no podemos dejar morir esta cultura (CNMH, Campo, 2014/04/23, Entrevista a un familiar, mujer, de los 12 jóvenes de Punta del Este, Buenaventura) (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2016: 285).



Fotografía de Jorge Bautista. Barrió Punta del Este, abril 19 de 2017.

Han pasado más de diez años desde que me gradué del bachillerato en un colegio del centro de Bogotá. Desde ese entonces, al menos dos grandes pasiones se han mantenido y acompañado en mi paso por la vida tanto universitaria como laboral: el fútbol y el teatro. Siendo un joven de pocos recursos económicos en un sector periférico al sur de la ciudad, pude constatar las posibilidades que tenían el deporte y el arte en la construcción de identidades, lazos sociales y solidaridades.

Jugar fútbol y hacer parte de una de las llamadas barras bravas que siguen al equipo Millonarios Fútbol Club, así como pertenecer al colectivo de teatro Kirama en el barrio Inglés, donde he habitado toda mi vida, han sido procesos que he vivido de formas muy distintas. Con mi ingreso a estudiar Trabajo Social en la Universidad Nacional de Colombia ambas actividades se fueron retroalimentando, fortaleciendo e, incluso, transformando. Conforme pasaban los semestres fui descubriendo el potencial que el arte y el deporte podían brindar en el trabajo pedagógico y psicosocial con comunidades desde la perspectiva de los Derechos Humanos.

Las herramientas profesionales que me brindaba la Universidad, combinadas con una vocación constante de trabajo comunitario, me llevaron a estar en el montaje de varias obras de teatro sobre el conflicto armado, dictar talleres artísticos en sectores periféricos de la ciudad, fundar en conjunto con seguidores de diferentes equipos la Asociación Fútbol ConCiencia y crear una escuela de Fútbol y Derechos Humanos en el barrio El Progreso, de la comuna 4 de Altos de Cazucá, a las afueras de Bogotá.

Estas experiencias me condujeron de forma indirecta a hacer parte, inicialmente como pasante y posteriormente como contratista, del equipo de programación artística y cultural de la Dirección del Museo Nacional de la

Memoria¹, del Centro Nacional de Memoria Histórica², proceso que sucedió en paralelo con mi ingreso a la Maestría en Estudios Culturales de la Universidad Nacional de Colombia. A ella llegué buscando un lugar académico donde poder conectar las ciencias sociales con mis conocimientos y experiencias tanto artísticas como deportivas.

Durante varios años participé en el Encuentro de Teatro y Arte Popular Latinoamericano, ENTEPOLA, el cual tiene como filosofía reunir a un grupo de artistas en un barrio de la ciudad de Bogotá para ofrecer una programación artística y cultural abierta al público, en una relación constante entre la comunidad, los organizadores y las agrupaciones, con el fin de construir comunitariamente un sistema de trueques e intercambios que dinamizan la realización del evento sin intermediación del dinero. Mi participación en el Festival, primero como artista y luego como organizador, me llevó a considerarlo como tema de investigación para el proyecto de tesis de la Maestría, interés que se fue difuminando por las problemáticas internas del ENTEPOLA y el acercamiento inicial que tuve a la conmemoración de la masacre de los 12 de Punta del Este en la ciudad de Buenaventura.

En el 2017, como parte de mis funciones en el Centro Nacional de Memoria Histórica, fui testigo de la forma como un grupo de jóvenes, incentivados por los cantos de algunas mujeres, se tomaban la cancha del barrio Punta del Este y, posteriormente, la avenida principal de Buenaventura para conmemorar los 12 años de la masacre. Dicha acción de protesta cerró con un velorio simbólico, en cuyo altar se incluyó un balón en el centro, y donde, al ritmo de los cantos tradicionales del Pacífico colombiano, jóvenes

¹ Por mandato de la Ley 1448 de 2011, el Estado debe garantizar la construcción de un Museo Nacional de la Memoria, que se encargue de conservar y difundir las memorias sobre las causas, efectos y formas de resistencia al conflicto armado colombiano, desde la perspectiva de sus víctimas (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2017).

² Institución del Estado creada bajo la Ley 1448 de 2011, también conocida como la de Víctimas y Restitución de Tierras, la cual recoge el acumulado investigativo del Grupo de Memoria Histórica, con el interés de indagar por las causas, consecuencias y formas de resistencia al conflicto armado colombiano.

enmascarados se daban golpes con látigos de hojas de palma, realizando la tradicional danza de los matachines. En ella, el bien y el mal combaten, constituyéndose a partir de la masacre, en una metáfora que para las madres de los jóvenes asesinados continúa siendo, la pelea de la justicia contra la impunidad.



Fotografía de Jorge Bautista. Barrió Punta del Este, abril 19 de 2017.

Aquel acto conmemorativo que se continúa realizando en la actualidad, se ha convertido no solo en una acción de denuncia o visibilización del caso y la impunidad que lo rodea luego de 14 años, sino en un proceso de sanación personal para los familiares y sobrevivientes de la masacre. Once jóvenes fueron engañados y sacados de la cancha de fútbol del barrio por un desconocido con la excusa de jugar un campeonato y ganar dinero para sus familias. Dos días después, en uno de los ríos que circulan por las afueras de la ciudad, aparecieron doce cuerpos con señales de tortura, entre los que se encontraban los once jóvenes del barrio. Los doce fueron velados en la cancha del barrio. Del cuerpo doce nunca apareció su familia, aun así, la comunidad lo adoptó y veló como propio.

Antes de llegar a Punta del Este, no me imaginaba la posibilidad de encontrar un fenómeno en el cual el fútbol, junto a una práctica festiva como

la danza de los matachines, cobrara tanta importancia en términos de una acción de memoria y resistencia a las dinámicas del conflicto armado en Colombia. Ese día surgió mi interés por investigar este fenómeno que acababa de conocer, con el fin de acercarme de forma académica e, incluso, vivencial a lo que podrían ser las posibilidades del arte y el deporte en territorios periféricos donde el conflicto armado se ha vivido de forma directa.

Este breve contexto personal me ubica no como un ser objetivo frente al tema, sino como un profesional de Trabajo Social apasionado por el fútbol y el teatro, interesado en conocer las formas mediante las cuales el deporte y el arte han jugado un papel en el marco del conflicto armado, tanto como fenómenos que fueron objetivo de violencia, como procesos de resistencia. Desde mis primeros encuentros con la comunidad fuimos vislumbrando, en conjunto, grandes dificultades, críticas y debilidades de las acciones de memoria realizadas anualmente, como la falta de apropiación y/o liderazgo de los habitantes del barrio que no vivieron directamente la masacre o la disminución de la participación de niños, niñas y jóvenes en las iniciativas artísticas y culturales, a lo cual, desde el principio, fui invitado a contribuir con posibles soluciones.

En este contexto, la iniciativa académica se fue transformando en un proyecto que buscaba no solo llevar a cabo la investigación propuesta, sino contribuir al fortalecimiento de las acciones de memoria en Punta del Este, el cual ha atravesado amplias dificultades, a través iniciativas comunicativas y de la creación de una escuela de fútbol y derechos humanos con los niños y jóvenes del barrio, con la intención de promover la apropiación de la cancha de fútbol como un lugar de memoria, al igual que la transmisión de prácticas como la danza de los matachines a las generaciones que no vivieron directamente la masacre.

El proceso de creación de la escuela de fútbol y derechos humanos, si bien no fue central al inicio de la investigación, fue avanzando y creciendo desde el ejercicio y las contribuciones que asumí inicialmente a nombre

personal y, posteriormente, con el involucramiento de la Asociación Fútbol ConCiencia, de la cual soy cofundador. Con el paso de los meses, el acompañamiento fue más cercano con las madres de los jóvenes asesinados y algunos de los jóvenes más cercanos a ellos, permitiendo construir unas propuestas comunicativas que, por un lado, propiciaran el involucramiento cada vez más efectivo de la comunidad en los actos conmemorativos y, por otro, hiciera posible denunciar en otros espacios a nivel nacional la impunidad en la que se encuentra el caso luego de 14 años.

Cines foros al aire libre realizados en el barrio, una exposición fotográfica, un video (anexo 2) y la gestión de recursos económicos a través del diseño y divulgación de tickets con fotografías (anexo 3), para apoyar la conmemoración de la masacre entre 2017 y 2019, fueron algunas de las acciones emprendidas como propuestas comunicativas para fortalecer la iniciativa, acciones que se fueron acercando a las nociones de tráfico y comercios culturales, que permitieron hacer con las prácticas nuevas negociaciones que desembocaron en la formulación de nuevas formas de autofinanciación de las conmemoraciones, y tener incidencia directa en el guion del Museo de Memoria de Colombia. A la par, llevé a cabo observaciones etnográficas, revisión de archivos principalmente de prensa y entrevistas semi-estructuradas con las cuales fui construyendo, desde un enfoque cualitativo, la presente investigación.

Aprovechando mi trabajo en el Museo de Memoria de Colombia y pensando en que la investigación fuera un puente para acercar a la comunidad al Museo y, al mismo tiempo, sirviera para contribuir al fortalecimiento del proceso de Punta del Este y no solo a su análisis, realicé con apoyo de los diferentes equipos de trabajo del Museo una propuesta de incidencia política con la comunidad que buscó proveer los insumos necesarios para que el caso fuera incluido en el guion definitivo del Museo. Esto, además, tenía como objetivo aportar a las discusiones sobre los daños culturales ocasionados por la guerra a las comunidades afro y, en especial, a los jóvenes.

El proceso de investigación, fue profundizando en los cambios y daños culturales que había tenido la comunidad, lo cual permitió entender los mecanismos por los cuales las practicas había subsistido a pesar de ser transformadas, lo que se acerca a la categoría de tráficos culturales. Cada que una practico fue afectada, se generaron unos tráficos que las transformaron, y se presentan como una posibilidad en la actualidad, para superar los desgastes que ha dejado la falta de condiciones económicas dignas y justa, para la comunidad.

Los tráficos culturales como categorías emergentes del doctorado en Ciencias Humanas de la Universidad Nacional, guiaron las acciones emprendidas, entendiendo que la práctica del futbol y los matachines debe entrar en dialogo e incluso negociación con otras prácticas, con el fin de que no muera y pueda ampliar sus perspectivas a los escenarios políticos y económicos que requieren la comunidad. Tráficos que nos fueron llevando a explorar la posibilidad de incidir en el Museo de Memoria de Colombia.

El MNM [Museo Nacional de Memoria], proyecto que inicia en medio de un conflicto armado inconcluso y en el contexto de las negociaciones de paz en La Habana, tiene como objetivo lograr el fortalecimiento de la memoria colectiva acerca de los hechos desarrollados en la historia reciente de la violencia en Colombia. Se trata de un museo que muestra la relación entre la violencia y las violaciones cometidas en el pasado y aquellas que continúan en el presente. Asimismo, el MNM promueve la reflexión crítica y la formación de personas comprometidas con el respeto a la vida y a los derechos humanos, y se presenta como un espacio que valora el disenso y la pluralidad de voces, con lo cual salvaguarda el respeto por los derechos humanos como mínimo ético (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2017: 14).

El Museo se encuentra en proceso de definición de su guion definitivo y, para ello, lo puso en discusión a través de la circulación de la exposición *Voces para transformar a Colombia*, mientras avanza su construcción física.

En 2019 entregué los resultados preliminares de la investigación con la comunidad al equipo de museología, los cuales incluían la reconstrucción de tres perfiles de los jóvenes (anexo 1), a través de la puesta en marcha de un evento central en la itinerancia del Museo en la ciudad de Cali, donde por primera vez la conmemoración salió de Buenaventura, logrando integrar a la totalidad de las familias y realizar la entrega de una de las máscaras de los matachines al Museo, procesos realizados en conjunto con las madres y jóvenes del barrio.

Es así como la presente investigación, más allá de ser un proceso académico como requisito para la obtención de un título de postgrado, es una forma de contribuir al entendimiento y fortalecimiento del lugar que puede llegar a tener el fútbol y la danza como herramientas de transformación social en contextos afectados por la guerra, esto, desde postulados epistemológicos que permitan desde la perspectiva de los estudios culturales acercarse a las nociones de daño cultural, comunidad de sentido, bienes comunes y tráficos culturales, para lo cual, ser un actor participante manteniendo siempre la distancia necesaria, resultó ser fundamental.



Fotografía de Jorge Bautista. Cali-Museo la Tertulia, octubre 19 de 2019.

La investigación no busca adentrarse en el campo jurídico del caso ni incidir directamente en él. Su intención es contribuir al entendimiento, por un lado, de las formas como la guerra afectó prácticas culturales como el fútbol y la danza de los matachines, generando rupturas en las relaciones sociales de los habitantes del barrio de Punta del Este y propiciando la instauración de una “cultura de la guerra”. Y, por otro, de las maneras como estas prácticas han sido implementadas por la comunidad como proceso de transformación, distanciándose de sus contenidos religiosos y dotándolas de narrativas políticas alrededor de la solidaridad, la memoria histórica, la impunidad, entre otras. Todo en paralelo mientras se documenta y retrata los acontecimientos tanto de la masacre como de los ejercicios de memoria histórica, siendo un insumo inexistente y necesario para las familias.

Organización general del documento

El documento está dividido en cinco capítulos además de la presente introducción, en el primero abordo las bases conceptuales y metodológicas de la investigación que fueron exploradas a través del curso mismo de mi formación en la maestría de Estudios Culturales, así como en el desarrollo mismo de la investigación.

En el segundo capítulo, denominado Los once matachines de Punta del Este, reconstruyo paso a paso la masacre y sus repercusiones desde un estilo narrativo casi periodístico, a partir de los testimonios recolectados en las entrevistas, los archivos familiares y la revisión de prensa.

En el tercer capítulo, De Yurumanguí a buenaventura: la historia de kiki, piro y prici, abordó un contexto más amplio, en el que analizo la procedencia de las prácticas del fútbol y la danza de los matachines a partir la reconstrucción inicial de tres perfiles de vida que dan cuenta de los tránsitos de la comunidad: la migración desde Yurumanguí hasta la fundación del barrio,

la adopción de dichas prácticas en Buenaventura y su posterior transformación en conmemoración.

En el cuarto capítulo, Fútbol y danza en medio de la guerra, realizo un análisis más amplio del contexto histórico de Buenaventura y las causas de la masacre, indagando en la actualidad de la conmemoración a partir de los referentes teóricos y categorías analíticas de daño cultural, comunidades de sentido y bienes comunes.

En el último capítulo, Doce disparos a gol, a modo de conclusión, recojo los logros más relevantes del proceso de acompañamiento a la comunidad, analizando las incidencias comunicativas y políticas propuestas en el marco de la investigación, planteando los principales retos y perspectivas de la conmemoración, así como los aprendizajes que este caso tiene para brindarle al país en este momento de coyuntura política.

CONSIDERACIONES CONCEPTUALES Y METODOLÓGICAS

La investigación realizada desde un enfoque cualitativo, fue indagando en la conmemoración de la masacre, la cual no fue posible entender, sin indagar en las causas y formas de operar de la masacre. Explorar las causas de la masacre requirió sumergirse en la historia misma del barrio, su construcción y con ella, el origen y migración inicial de las familias desde Yurumanguí. Este recorrido marco las formas como se fue desarrollando la metodología y como los conceptos fueron apareciendo, si estar del todo definidos al inicio de la investigación.

La apuesta metodológicamente comenzó con la etnografía como método, que permitiría describir, luego participar y por ultimo narrar lo acontecido, lo cual luego se fue mezclando con los principios de la Investigación Acción Participativa. Esta apuesta metodológica planteo el reto de indagar dentro de las historias de vida por los conceptos que podrían acompañarlas y explicarlas.

La metodología comenzó en la mascare y termino en Yurumanguí, mientras que los conceptos comienzan a explicar desde Yurumanguí, en un recorrido por sus trayectorias culturales, para terminan explicando los sistemas de códigos, desgastes, retos y oportunidades de la conmemoración. A continuación, exploro tanto los marcos teóricos como metodológicos que guiaron la investigación.

Consideraciones conceptuales

Múltiples investigadores, unidades académicas, organizaciones sociales e instituciones a nivel nacional e internacional han puesto su interés en las dimensiones culturales, tanto de la guerra, como de la paz, en un país como

Colombia que, ha buscado desde hace años terminar con el conflicto armado interno. Solo el Centro Nacional de Memoria Histórica ha escrito y publicado más de 90 informes que van desde investigaciones profundas sobre lugares u acontecimientos específicos, hasta rutas metodológicas de trabajo en memoria, derechos humanos y construcción de paz.

La irrupción en los últimos años de una gran variedad de investigaciones sobre el conflicto armado y la construcción de paz han ampliado el entendimiento de las formas como la guerra se ha adentrado en el territorio nacional, poniendo de presente una gran cantidad de formas de actuar de los actores armados y cómo se han disputado el territorio, los recursos y sus habitantes.

La tesis no pretendió cubrir el universo de investigaciones y referentes conceptuales que existen actualmente. Así, la revisión teórica que realicé buscó nutrir la información recopilada en campo y su posterior análisis, selección que adelanté, inicialmente, bajo tres criterios: 1) conceptos abordados, 2) lugar y/o comunidades con la que se trabajó y 3) metodología usada. Estos, a su vez, fueron abriendo preguntas paulatinamente y guiando mi reflexión en torno a cinco ejes:

- 1) El conflicto armado en Colombia, específicamente en la ciudad de Buenaventura.
- 2) El daño cultural, reconociéndola como una categoría emergente, con más adelantos en el ámbito jurídico latinoamericano que de las ciencias humanas.
- 3) Los bienes comunes, un concepto que permitió explorar las causas de la masacre, la relación de la misma con el uso y aprovechamiento de los espacios del barrio, así como la importancia del Fútbol y la Danza para la comunidad.
- 4) La comunidad de sentido, un referente de gran importancia para el análisis de los efectos que han tenido las doce conmemoraciones realizadas en la ciudad de Buenaventura.

5) Los tráficos culturales permitieron ubicar las formas como se han transformado las prácticas del Fútbol y la Danza en las trayectorias de la comunidad, así como los retos y/o aprendizajes que afronta en la actualidad la conmemoración.

Cada eje fue emergiendo en un momento distinto del proceso, con nuevas afirmaciones y preguntas, que fueron apareciendo de la siguiente forma con forme se exploraban aspectos puntuales de la investigación:



A continuación, explico cada uno de estos ejes.

El conflicto armado en Colombia y en la ciudad de Buenaventura

Existen un sinnúmero de investigaciones dedicadas a retratar el conflicto armado colombiano desde diversas orillas y con intereses muy distintos. Gran parte del acumulado de años de trabajos académicos e institucionales fueron resumidos en el *¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad* (Centro

Nacional de Memoria Histórica, 2013) publicado hace más de seis años por el Centro Nacional de Memoria Histórica, el cual se constituyó en la investigación más completa hasta el momento sobre los efectos del conflicto armado en el país y las formas de resistencia emprendidas por las víctimas y la sociedad civil.

La publicación que centralizó gran parte de los avances conceptuales en materia de memoria histórica en el país abrió una serie de preguntas que, desde su lanzamiento, comenzaron a ser trabajadas por diferentes universidades y/o centros académicos. Uno de los hallazgos del *¡Basta ya!* está relacionado con la falta de estudios que analizaran y/o explicaran las dimensiones de la guerra en la región del Pacífico, lo que dio origen a la investigación más completa hasta el momento sobre los impactos del conflicto armado en la ciudad de Buenaventura, cuyo resultado es el informe titulado *Buenaventura: un puerto sin comunidad* (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2015). Este avanzó en el entendimiento de las dimensiones del conflicto entre 2000 y 2013 en una de las zonas de mayor influencia económica y comercial del país, dándole, por primera vez, un lugar a las voces de las víctimas directas y a sus diferentes iniciativas de resistencia.

El caso de la masacre del barrio Punta del Este es un ejemplo muy claro de los daños culturales causados por la guerra en Colombia y de los diferentes procesos de memoria histórica que pueden darse alrededor de la cancha de fútbol y de la figura festiva del matachín, sin embargo, en la actualidad solo existen cuatro notas audiovisuales sobre el caso: dos oficiales producidas por el CNMH y dos de medios independientes, así como dos investigaciones que tratan de forma tangencial el caso, realizadas también por dicha institución. La primera, en el marco general de la pesquisa para el informe (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2015) y, la segunda, desde una perspectiva jurídica (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2016)

De otra parte, está la tesis de Johan Valencia (2014) *Percepción de los familiares de las víctimas de la masacre de punta del este, comuna 5 del*

distrito de Buenaventura sobre el proceso de reparación administrativa adelantado por el estado colombiano, del departamento de Sociología de la Universidad del Pacífico, dedicada a explorar la dimensión jurídica de reparación de parte del Estado y las diferentes posturas asumidas por las familias frente a dicho proceso.

Por último, se encuentra el proyecto audiovisual de Señal Colombia *¿Y dónde es el partido?*, realizado por Mnesia Films en 2018, que retrata desde una mirada documental casos específicos donde el fútbol se ha inscrito en momentos del conflicto armado colombiano. Uno de los nueve capítulos explora una iniciativa de fútbol en la zona de Bajo Calima y el proceso de los doce de Punta del Este. Este capítulo hizo parte de los cines foros al aire libre realizados en el barrio en el marco de la presente investigación con el apoyo de los realizadores, quienes han puesto a disposición contactos y material para análisis desde que se enteraron de mi investigación.

Como se evidencia, aunque existen muchas investigaciones sobre el conflicto armado Colombia, muy pocas se han ocupado de la región de Buenaventura desde las narrativas de las víctimas. Tres mencionan el caso de Punta del Este de forma tangencial y dos productos audiovisuales lo retoman desde la perspectiva de los daños y resistencias culturales, lugar donde se inscribe la presente investigación.

El daño cultural

Los procesos de investigación, documentación y comunicación sobre las formas como se ha vivido y resistido el conflicto armado se han aproximado a la categoría de daños culturales, incluida en la jurisprudencia colombiana con la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras, siendo un avance importante para reconocer las formas como los actores armados han buscado instaurar en el país una especie de órdenes culturales de la guerra.

En Colombia, los avances jurídicos y conceptuales sobre el daño cultural son reducidos, por lo cual es necesario acudir a la Corte Iberoamericana de Derechos Humanos, donde se señalan algunos elementos (...) característicos de este nuevo tipo de daño, a tener en cuenta dentro de una definición del tema:

- Es un daño colectivo y difuso. [...]
- En este choque se produce una violación de la cultura no protegida por la visión estatal.
- La cultura desprotegida está en riesgo debido a la negación de su cultura por la dominante.
- Genera sufrimiento, depresión y afecta el ánimo de los individuos de toda la comunidad, es decir, va acompañada de daño moral, mas no se trata del mismo asunto. El bien colectivo no es la honra y dignidad de la comunidad, aunque definitivamente que trae aparejado ese tipo de daños. Es la vida misma del pueblo, su estilo de vida, sus creencias, deseos, su cosmovisión la que está en juego y la lesión de la misma es lo que produce el sufrimiento. Es claramente un bien distinto al protegido por las normas que sancionan el daño moral.
- Es de tal magnitud, que su continuación en el tiempo, puede producir a mediano o largo plazo el extrañamiento de los individuos quienes, separados de las condiciones de pertenencia a sus comunidades originales, prontamente terminan asimilados por la cultura dominante.
- Es, en consecuencia, una forma de expoliación de la riqueza cultural de los pueblos.
- Está asociado a daños socio ambientales, más claramente no se trata de un daño de estas características.
- No se trata de un daño moral, más su producción va acompañada del primero.
- La categoría de este daño es inmaterial y no confundible con el daño ambiental o con el daño moral, aunque son de producción simultánea.

- La reparación que se genera como pago a su producción no es susceptible de tasación impositiva (Cabezas Martínez, 2008: 399-340).

Por su parte, la Ley 1448 menciona varias veces la dimensión de los daños culturales, más en perspectiva de la reparación que de su definición, lo que, de cualquier forma, ha constituido un avance importante.

ARTÍCULO 136. El Gobierno Nacional, dentro de los seis (6) meses siguientes a la promulgación de la presente Ley, deberá implementar un programa de rehabilitación que deberá incluir tanto las medidas individuales y colectivas que permitan a las víctimas desempeñarse en su entorno familiar, cultural, laboral y social y ejercer sus derechos y libertades básicas de manera individual y colectiva. El acompañamiento psicosocial deberá ser transversal al proceso de reparación y prolongarse en el tiempo de acuerdo con las necesidades de las víctimas, sus familiares y la comunidad, teniendo en cuenta la perspectiva de género y las especificidades culturales, religiosas y étnicas. [...] Se deberá incluir entre sus prestaciones la terapia individual, familiar y acciones comunitarias según protocolos de atención que deberán diseñarse e implementarse localmente en función del tipo de violencia y del marco cultural de las víctimas (Congreso de la República, 2011).

El daño cultural, que hasta el momento se ha presentado como un concepto jurídico que comienza a emerger en Colombia, se convierte en un campo de análisis de gran importancia para los estudios culturales, pues amplía las formas de entender las afectaciones del conflicto armado y las transformaciones de prácticas artísticas y deportivas que se constituyen como ejes fundamentales en la vida e identidades de las comunidades.

Reconocer los daños culturales que ha generado el conflicto armado, lleva a profundizar en los mismos de forma distinta a otros tipos de daños (económico, moral, ambiental...) lo que conduce a reconocer dimensiones más profundas de las causas de los ataques a poblaciones civiles, así como de los procesos de resiliencia, resistencia y reparación, alejados de las

dimensiones económicas, jurídicas y psicológicas con las que han sido comúnmente leídos, lo que podría constituirse como un aporte novedoso y significativo desde los estudios culturales.

Los bienes comunes

Pese a esta abundancia de información, pocas investigaciones se han aproximado al análisis de las afectaciones culturales del conflicto armado desde la categoría de los bienes comunes y, mucho menos, la han articulado con el fútbol, la danza y la memoria histórica. Categoría que, para este caso, permitió entender las diferentes construcciones culturales que la comunidad afro descendiente proveniente de la región de Yurumanguí emprendió desde 1960, cuando por motivos económicos y en busca de mejores oportunidades laborales y de estudio, comenzó paulatinamente a migrar al casco urbano de Buenaventura, acentuándose en un sector periférico, donde posteriormente fundarían el barrio Punta del Este, construyendo un proyecto de vida colectivo que fue alterado por la masacre.



Fotografía de Jorge Bautista. Media noche viernes santo, marzo 30 de 2018

Lo que poco a poco se fue tejiendo conceptualmente durante el proceso de investigación fue la posibilidad de entender las formas como el conflicto armado en Buenaventura, en medio de la búsqueda del control por parte de los actores armados, afectó directamente prácticas como el fútbol y la danza de los matachines, buscando frustrar la posibilidad de construir con sus prácticas culturales un bien común alrededor de la cancha del barrio, único espacio público de Punta del Este.

El miedo a lo común, por sus formas de construcción de ciudadanías libres, autónomas e independientes, fue central para explicar por qué y para qué afectar prácticas culturales como el fútbol y la danza de los matachines en medio de la guerra. Uno de los conceptos a explorar en la perspectiva de los bienes comunes tiene que ver con la cancha como espacio físico y social, donde transcurre desde el secuestro de los jóvenes y su velorio, hasta la

práctica sistemática del fútbol y la danza de los matachines, siendo este un lugar rústico creado por la comunidad en la mitad del barrio, sobre una de sus vías de acceso.

Para Manuel Delgado (1999), la calle, como espacio físico y social de un barrio, es el punto de encuentro donde están “condenados” a llegar los sujetos, lo que permite vislumbrar las disputas de un campo que, aunque es primariamente físico, constituye la vida social al ser un ámbito donde se libran grandes tensiones políticas.

La cancha, como espacio físico y social, fue el centro de la afectación de la guerra, pero también de resistencia y de memoria, lo que requirió un acercamiento a este espacio, siendo el único espacio común del barrio, lugar que, más allá de una cancha de fútbol o una calle de entrada al barrio, era aquel donde se constituían las relaciones sociales, económicas y culturales centrales del barrio.

Los procesos observados me llevaron a pensar en la categoría de bienes comunes como descripción de una serie de relaciones de uso e intercambio colectivo donde predomina el bien común, procesos que se comenzaron a acentuar en la construcción del barrio y que fueron coaccionados con la masacre, siendo el fútbol y la danza del matachín procesos acompañados de fiesta que establecían, en el espacio de la cancha, relaciones desde las cuales lo común era posible y que hoy en día, a través de la memoria histórica, se busca retomar.

Elinor Ostrom (2000), es pionera en la conceptualización de los bienes comunes, aproximándose a los problemas de la acción colectiva cuando se hace uso de los recursos comunes. Estas conceptualizaciones fortalecieron la hipótesis de que los actores armados entendieron que para poder controlar el territorio, debían desestructurar la cancha como bien común cuyas relaciones impedirían el control del barrio de parte de cualquier externo.

Cuando se sabe que muchos individuos actúan con reciprocidad en situaciones particulares, existe la ventaja de que cualquiera gane la

reputación de ser confiable y se comporte con reciprocidad. En el núcleo de una explicación conductual de niveles de cooperación mayores a los previstos, en la mayoría de los dilemas sociales se trata de conectar entre la confianza que los individuos tienen en los demás, la inversión que los demás hacen en reputaciones confiables, y la probabilidad de que los participantes utilizarán normas recíprocas (Ostrom, 2001:13).

Por su parte, Antonio Lafuente y Alberto Corsín Jiménez (2010) han avanzado en la experimentación y conceptualización de nuevas formas de considerar los bienes comunes a partir de los laboratorios del procomún nacidos en España, mientras que los integrantes del Semillero de Investigación Praxis Urbana (Catumbara, 2016) de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, han puesto de presente cómo las dinámicas sociales acontecidas en un espacio público lo transforman en un bien común y pueden conllevar a acciones de empoderamiento y autoregulación por parte de las comunidades.

Ignacio Holguín, de otro lado, analiza las formas como los bienes comunes podrían constituirse en una herramienta para el contexto de construcción de paz que afronta el país en la actualidad.

La conexión inmediata entre la paz, la construcción de ciudadanía y lo común puede establecerse con mayor facilidad en ámbitos territoriales, en donde radica precisamente ahora la urgencia de poner en marcha los acuerdos de paz y la reconstrucción económica, sociopolítica y cultural de lo dañado por tantos años de violencia (Holguín, 2017:46).

Otra forma de entender lo común con relación al conflicto armado y la construcción de paz es lo planteado por Clara Isabel Gómez García (2016), donde los bienes comunes y la construcción subjetiva detrás de ellos se presenta como una solución al problema de la tierra, el cual se encuentra en la base misma del conflicto.

Desde este punto de vista, los comunes no son únicamente vestigios de costumbres ancestrales, modos arraigados en comunidades rurales que

gestionan recursos como bosques, campos o derechos de pesca o regadíos. Su versión contemporánea tampoco se limita a los productos digitales de la llamada economía 'inmaterial', gestionados por comunidades planetarias conectadas a través de la red. Si el análisis de los comunes es de una relevancia vital hoy es porque son entendidos como herramienta de organización política frente a la descomposición de las instituciones del Estado del Bienestar y a la privatización y financiarización general de la vida". (Méndez de Andés, 2015, p. 32).

Para el contraste y desde otra esquina, sobre lo común Hardt y Negri (2004):

Y así como en el derecho nacional los conceptos de la singularidad y lo común contribuyen a renovar el marco de referencia legal de las relaciones sociales más allá de lo privado y de lo público a fin de crear las condiciones para la cooperación de múltiples singularidades en libertad e igualdad, así también la singularidad y lo común proporcionan en el derecho internacional el único fundamento posible para nuestra cohabitación pacífica y democrática en el planeta (Holguín, 2017: 245).

La categoría de Bienes comunes tiene una dimensión subjetiva y otra objetiva, las cuales son interdependientes, reconociendo que tanto en la esfera de las relaciones sociales donde confluyen diferentes culturas, como en el espacio físico que es susceptible de ser habitado por cualquier persona suceden interacciones que se dinamizan, se crean o se transforman durante las conmemoraciones. Así

la plaza es el espacio no segmentado, abierto a la cotidianidad y al teatro, pero un teatro sin distinción entre actores y espectadores [...] el carnaval es aquel tiempo en que el lenguaje de la plaza alcanza el paroxismo, o sea su plenitud, la afirmación del cuerpo del pueblo (Martín-Barbero, 1998: 88).

Lo que se busca con la categoría de bien común en esta investigación es entender las relaciones que se gestaron en Punta del Este hasta 2005, cuando la violencia congeló el uso de la cancha. Para Deyner Mestizo, líder social que ha trabajado en el barrio, allí converge todo. La cancha es el centro de la comunidad.

El año pasado hicimos el ejercicio de reformarla. Los jóvenes siempre están allí en ese espacio de integrarse entre ellos y con otros jóvenes de la ciudad, dice. Allí, en Punta del Este, se hacen diferentes torneos de fútbol como parte de los procesos organizativos de la comunidad. La cancha es una calle ancha llena de piedras, por donde transitan carros como acceso al barrio. En Buenaventura el derecho al deporte se hace real gracias al trabajo de los habitantes en los barrios, no por iniciativa del Estado, el mismo, comprobado por los hechos de corrupción, les niega este derecho a los jóvenes (Fichas de Investigación; Proyecto ¿Y dónde es el partido?; Señal Colombia - Mnesia Films, 2017).

La cancha desde su consideración física y social, se construye sobre la base de la coexistencia, es decir como un posible espacio sin restricciones, sin embargo, esta dimensión que enmarca las dinámicas presentes en un parque, un salón comunal, una calle, por mencionar algunos ejemplos, difícilmente escapan a dominios y restricciones, evidentes de forma muy significativa en los barrios periféricos de Buenaventura, donde la ausencia del Estado y sus instituciones facilita que cualquier comunidad o grupo cree micropoderes en territorios específicos.



Fotografía de Jorge Bautista. Buenaventura, abril 19 de 2017.

El espacio público se parece a cualquier cosa menos a un territorio, en el sentido de que no es un marco con límites y defendible, que alguien se puede arrojar como propio y cuyo acceso es por definición restringido, dado que en él se reserva el derecho de admisión. Al contrario, ese espacio público no es otra cosa que la posibilidad inagotable de reunir, lo social manos a la obra, por así decirlo, en un dominio en que cualquier dominación sería inconcebible (Delgado, s.f, pág. 06).

Lo público aparece entonces como circulación de intereses y discursos en plural, pues lo que tienen de común no niega en modo alguno lo que tienen de heterogéneos, ya que ello es lo que permite el reconocimiento de la diversidad (Martín-Barbero, 2007, Pág. 28).

Ticio Escobar afirma que “los dos grandes desafíos que los sectores populares enfrentan hoy [son]: por un lado, el de articular políticamente sus posiciones en proyectos orientados a la construcción de lo público; [y] por el otro, el de afirmar su diferencia cultural” (Escobar, 2008: 22). En este sentido,

Las periferias urbanas siguen creciendo, y, sobre todo, continúan diferentes: espacios donde la diversidad es una de sus señas de identidad y, sobre todo, donde existen formas de vida no mercantiles, no colonizadas por el capital [...] Los territorios de los colectivos y sectores populares urbanos son espacios de la diferencia donde existen formas de vida heterogéneas respecto a la ciudad del capital, algo que es claramente visible a través de los distintos paisajes de la ciudad. Los pobres llegaron a las periferias como náufragos del sistema, con débiles relaciones con el capital, sobrevivieron en espacios hostiles y, para hacerlo, profundizaron sus diferencias culturales, sociales, económicas y políticas. Dicho de otro modo, se apoyaron en sus diferencias para sobrevivir, o sea, en lazos comunitarios, en la reciprocidad y la solidaridad que caracterizan la forma de vida de los sectores populares (Zibechi, 2008: 246).



Fotografía de Jorge Bautista. Buenaventura, abril 19 de 2017.

Si bien estas perspectivas sobre el espacio público me permitieron acercarme conceptualmente a la construcción social de la cancha como un

espacio fundamental para la identidad cultural de la comunidad, el concepto de bien común me permitió ir más allá en el entendimiento de dicho espacio como un bien fundamental para el proyecto de vida del barrio.

Superar la versión del espacio público me permitió entender que lo que se estaba transformando en el territorio a través del fútbol y de la danza de los matachines era un proyecto de vida colectivo, con una serie de relaciones e intercambios económicos, simbólicos tanto individuales como colectivos, donde los beneficios y acuerdos colectivos superaban cualquier intento de privatización o control por parte de entes privados y/o públicos.

Desde esta perspectiva se analiza el fútbol y la fiesta, expresada a través de la danza ritual de los matachines, como prácticas culturales comunes realizadas en la cancha del barrio Punta del Este y que generaban lazos sociales de solidaridad, a través de una serie de intercambios autónomos de la comunidad, donde otros tipos de actores sean institucionales, públicos o privados, no tiene poder de decisión, lo cual dificultaba la instauración de poderes externos como los de los grupos armados. En estos intercambios los bienes, servicios y prácticas se convierten en lo que Marcel Mauss (2007) denomina *dones*.

Marcel Mauss (2007) analizando el intercambio en las sociedades arcaicas utiliza las categorías de don y contra-don, para definir cómo lo prevaleciente en los intercambios es el lazo social que se crea con el compromiso de devolver lo que se recibe, hablando del Kula como práctica de intercambio ceremonial entre comunidades isleñas del pacífico dice “saca a la propia tribu en su conjunto fuera del círculo estrecho de sus fronteras, incluso de sus intereses” (Mauss; 2007: 129), situación descrita por el autor que permite de forma somera ubicar el potencial del intercambio, en la generación formas de relacionamiento basadas en la solidaridad, el respeto por las tradiciones y el desarrollo conjunto de una comunidad.

Comunidad de sentido

Luego de analizar las causas y efectos de la masacre, fue necesario volver sobre el evento puntual que me llevó no solo a conocer el caso, sino a involucrarme empáticamente con el mismo al punto de cambiar el tema de investigación de mi tesis. La conmemoración, llamada por la comunidad como la última noche de la violencia, se ha repetido anualmente desde 2008 y la cual pude acompañar, inicialmente como espectador y luego como parte de la organización, en las ediciones de 2017, 2018 y 2019.

Al recorrer la ciudad encontré que sus habitantes, en su vida cotidiana, tenían una visión compartida sobre lo sucedido en el barrio Punta del Este, sus causas y responsables, existía un ambiente generalizado de solidaridad con las madres y la dignificación de los jóvenes. Así emergió el concepto de comunidad de sentido, este me llevó a entender las formas como un acontecimiento violento puede establecer vínculos afectivos con audiencias amplias, a partir de lo que Jeffrey Alexander (2003) denomina la extensión simbólica y la identificación emocional.

En la conmemoración en el barrio, los símbolos como las máscaras y los balones han permitido extender a una audiencia más amplia la versión sobre lo sucedido, siendo comprendido y adoptado en Buenaventura como sinónimo de la violencia, pero también de la resistencia. De igual manera, la reivindicación de las víctimas mortales y sus madres, como familias afro con sueños y perspectivas de vida comunes en la ciudad, ha permitido vincular emocionalmente a dicha población.

Myriam Jimeno, Daniel Varela y Ángela Castillo (2015), estudiando el caso de la conmemoración de la masacre del Naya, concluyeron que las conmemoraciones son narraciones con altos contenidos emocionales, que permiten expresar los traumas de las comunidades afectadas.

Nosotros hemos propuesto el concepto de «comunidades emocionales» (Jimeno, Castillo y Varela 2009; Jimeno 2010) como la síntesis social de

este proceso constructivo que vincula a ciertas personas como «víctimas» de un hecho de violencia con una audiencia amplia. La idea central es que son los vínculos afectivos que emergen en el proceso de reivindicación social por el daño y el sufrimiento causados los que permiten tender un puente entre el dolor como sentimiento subjetivo y el dolor como sentimiento político, compartido de forma pública. Es decir, argüimos que el proceso de dar testimonio de lo ocurrido extrae el suceso de violencia del marco del daño personal, o de una comunidad en particular, para llevarlo hasta la escena pública. Testimonio y reivindicación política se encuentran, resitúan el hecho lo revinculan, si se quiere como daño en el cuerpo social por medio del lazo de la identificación emocional. Lo que era un asunto particular, incluso a veces sospechoso por provenir de una zona refugio de «ilegalidades», toma la dimensión de problema social equiparable con otros que ahora se conocen dentro del proceso más amplio que vive la sociedad colombiana; proceso que busca ventilar las heridas y sancionar a los responsables de este último ciclo de conflicto interno.

En el proceso, las distinciones entre privado y público, sentimiento personal y acción pública, se diluyen y ponen las bases para construir sentimientos de repudio moral y acciones de contra hegemonía, crítica política y acción ciudadana. Estos elementos nos permiten analizar el relato de la conmemoración de abril del 2013 como narrativa del trauma, y detenernos en los elementos de la puesta en escena, sus agentes, sus discursos y su contenido sociocultural (Jimeno, Varela y Castillo, 2015: 105).

El proceso conmemorativo en el que se centra la investigación, desde esta perspectiva, es una fiesta donde los matachines y el fútbol, como elementos simbólicos principales, rescatan los códigos comunes vigentes antes de la masacre, los cuales son una herencia del pueblo afro originario del corregimiento de Yurumanguí. Ellos propician a través de este ejercicio de

memoria histórica, una serie de apropiaciones colectivas de la cancha y, por ende, de las relaciones económicas, políticas y culturales que se tejen alrededor de ella.

Pensar la fiesta como bien común nos obliga también repensar a fondo el concepto de comunidad. Esposito (2003), a partir de un análisis etimológico del término “comunidad”, propone una lectura radicalmente nueva de las clásicas dicotomías “público-privado” y “común-propio”. Comunidad se refiere según Esposito a cum-munus: “con obligación”, “oficio”, “don”. El munus es dádiva obligatoria, vínculo establecido en el contexto de una economía del don, base de toda manifestación festiva. En este sentido la comunidad no se caracteriza por lo que se tiene en común, sino por una deuda, una obligación del dar, caracterizada por el sacrificio. Más que un cuerpo, una corporación, la comunidad es una sustracción. A su vez el término “inmunidad” complementa esta acepción de comunidad: inmune es lo que está privado o dispensado de esta obligación, de esta deuda, de este munus. Representa en ese sentido una diferencia radical respecto a la condición de los demás. La comunidad tiende a inmunizarse de quien no participa del munus, en cuanto posible fuente de peligro y contagio.

El concepto de comunidad ha sido a menudo interpretado en términos esencialísticos, en donde priman categorías como “lo auténtico”, “lo propio” y “lo originario”. El enfoque de Esposito por el contrario nos permite re pensar las dinámicas sociales que atraviesan el campo comunitario. Desde ahí es posible interpretar la herencia cultural como parte de un proceso de economía simbólica en donde se articulan y se chocan formas de economía moral y de economía política, de intercambio ritual de dones y de transacciones comerciales de mercado (Vignolo, 2013:22).

El sentido de lo común, desde el enfoque referido anteriormente, se refleja en el barrio en la tensión constante por hacer de las prácticas culturales

una opción de vida. Las personas de la comunidad de Punta del Este, bajo el rol heredado en Yurumanguí de comerciantes culturales, concepto que será profundizado más adelante y que fue encontrado dentro de las narrativas de la comunidad como una forma de llamar tradicionalmente al comercio basado en el respeto de las prácticas culturales, buscan un sostenimiento de la vida personal y colectiva a partir de intercambios solidarios donde la música, la poesía, el fútbol y la danza de los matachines se convierten en dones, dotados de narrativas de memoria histórica y ofrecidos a todo el país en un proceso de diálogos interculturales que sanan a la comunidad, lo que, a su vez, vinculan al colectivo nacional con la búsqueda de verdad, justicia y reparación.



Fotografía de Jorge Bautista. Calle del barrio Punta del Este, abril de 2017.

Estas reflexiones conceptuales permitieron comprender las formas como el conflicto armado ha transformado prácticas culturales inicialmente ligadas al deporte o a rituales religiosos, despojándolos de sus sentidos colectivos y/o comunes. Tiempo después se constituyeron en una práctica

conmemorativa que crea comunidades de sentido, desde las cuales es posible recuperar y preservar su carácter común, acompañado ya no de narrativas religiosas o deportivas, sino políticas alrededor de temas como la impunidad, la justicia, la dignificación, la creación y la colectivización de la memoria histórica como opción de vida y de progreso colectivo.

Los tráficos y agencias culturales

En el campo de las prácticas culturales en relación con el conflicto armado y la construcción de paz han sido documentados una gran cantidad de procesos agenciados por artistas, académicos y colectivos interesados en dichos temas. Entre ellos están los dibujos y décimas coplas de los campesinos de los Montes de María; los escritos literarios de las mujeres de Ave Fénix en Medellín; las obras de teatro del grupo El Tente, de las mujeres del Movimiento de Víctimas de Crímenes de Estado en el Meta; las pinturas de las mujeres de Magdalena por el Cauca: los procesos de agricultura urbana de jóvenes de la comuna 13 en Medellín; el Semillero de Teatro por la Vida en Buenaventura; las mujeres tejedoras de Mampuján; la Organización Femenina Popular en Barrancabermeja; las costureras de la memoria de varias regiones del país; los cantos de las madres de Pogue en Bojayá; entre muchas otras que, además, han puesto de presente las relaciones entre las prácticas culturales y las producciones artísticas. Solo el Centro Nacional de Memoria Histórica ha identificado aproximadamente 700 iniciativas o prácticas artísticas y culturales asociadas al conflicto armado y la construcción de paz entre 1950 y el 2019, en el portal Arte y Cultural que actualmente hace parte de la dimensión virtual del Museo de Memoria de Colombia.

Existen dos referentes importantes de investigación de prácticas artísticas en sectores periféricos de las ciudades que, además se convirtieron en aportes metodológicos y conceptuales para esta tesis. El primero es el libro *Voces como imágenes: ciudadanías en el límite, fotografía y agencia cultural*

en *Altos de Cazucá* (Cubillos, 2017), en la cual, el Edwin Cubillos explora los efectos de la fotografía participativa en la construcción de ciudadanías en zonas periféricas del municipio de Soacha. El segundo es la tesis doctoral de Estefanía Gonzáles Vélez (2015), *Tráficos culturales. La construcción de nuevas subjetividades en las periferias de Medellín y São Paulo*, la cual analiza el concepto de tráfico cultural en relación con nuevas formas de agencia juveniles en sectores periféricos, apoyadas en manifestaciones artísticas que buscan descentralizar la oferta cultural y propiciar transformaciones culturales, haciendo un paralelo entre dos experiencias específicas en Colombia y Brasil.

Estos dos referentes dan cuenta de cómo la cultura se transforma en sectores periféricos a través de prácticas artísticas que posibilitan tráfico y agencias específicas, donde la investigación se inscribe como un proceso de entendimiento, pero también de interacción y transformación, dando lugar a prácticas culturales politizadas y en constante interacción con los entornos en los que los sujetos no son pasivos, siendo la danza o la fotografía vehículos que, como el fútbol y los matachines, construyen nuevos horizontes de sentido que van más allá de la práctica misma.

Los conceptos de tráfico y agencias culturales me sirvieron para entender las formas como se ha construido una comunidad en medio de la ciudad, proveniente de una región afrodescendiente de la parte alta del río Yurumanguí, y cuyas prácticas culturales han retado las formas de habitar la urbe, al punto de comenzar a constituirse como bienes comunes que, en su momento, fueron atacados por los grupos armados con el fin de imponer la cultura de la guerra en un sector donde, aún, recaen fuertes intereses económicos.

Esta exploración conceptual permitió entender el por qué los grupos armados atacaron prácticas como la del fútbol y la danza de los matachines, así como los mecanismos de transformación que llevaron a que las madres y jóvenes desde el horizonte de “comerciantes culturales”, asumieran el rol de agentes culturales.

La utilización de prácticas culturales y artísticas en escenarios de lucha social y/o procesos de ciudadanía, ha ido cobrando especial relevancia en América Latina desde finales de siglo XX, al aportar a la resignificación de la noción de esfera pública hacia otros escenarios donde también es posible entender el ejercicio de las ciudadanías. Este fenómeno se ha analizado recientemente desde el concepto emergente de agencia cultural que trasciende la mera puesta en escena de demandas sociales a través de prácticas estéticas determinadas (performáticas, plásticas, audiovisuales) para entender y reconocer las articulaciones orgánicas entre la práctica social y la artística en términos de los impactos que lo simbólico ejerce para fomentar cambios y transformaciones sociales (Cubillos, 2017:38).

El concepto de tráficos culturales, que plantea una reflexión más profunda sobre las formas de agencia, constituyó un referente teórico para entender las formas como los ejercicios conmemorativos han posibilitado una serie de intercambios transformadores que nutren el universo de prácticas artísticas, desde las cuales es posible ver una alternativa para, por un lado, superar la frustración de las familias y, por otro, incidir jurídicamente en el caso.

La investigación adelantada por Estefanía González Vélez (2015) me permitió entender los tráficos culturales como una superación misma de la agencia, donde las formas de liderazgo entran en procesos de negociación e intercambio que no solo enriquece las prácticas artísticas de los jóvenes de sectores periféricos de las ciudades, sino que plantean formas de interacción con las instituciones, en donde las construcciones culturales pueden incidir políticamente en contextos más amplios.

Para el caso del barrio Punta del Este, es posible rastrear que, a partir de la llegada al centro urbano de Buenaventura desde Yurumangí, la comunidad ha entrado en una suerte de negociación de sus prácticas culturales, con sus contextos y con otras comunidades, con el objetivo de preservarlas, pero también de crear opciones de vida. Este proceso no ha

tenido en cuenta la posibilidad de negociación con las instituciones y, por ende, su incidencia en otros escenarios, lo que implica sacar las prácticas culturales del barrio e, incluso, de la ciudad. La realización de la conmemoración en un espacio fuera de Buenaventura como se dio en octubre de 2019 con la participación de madres y jóvenes del barrio en un evento del Museo de la Memoria de Colombia en Cali, en el marco de la exposición *Voces para transformar a Colombia*, se constituyó como un precedente importante a tener en cuenta para analizar los tráficos culturales como una posibilidad de impulsar los objetivos políticos detrás de la danza del matachin y de la práctica del fútbol.

Cuando la comunidad crea el barrio Punta del Este, el fútbol se constituyó como una nueva opción de vida, pero también como un proyecto de construcción de bienes comunes. Con el paso del tiempo otras prácticas artísticas y culturales han emergido, como la elaboración y plocclamación de poemas (aprendido de las madres de Soacha), la elaboración de murales (aprendido de otras organizaciones sociales de Buenaventura), así como la realización de exposiciones fotográficas y cine foros, agenciados en el marco del proceso de esta investigación.

Más que pensar en los tráficos culturales como un proceso que se esté dando en la comunidad, debe verse como una categoría que da un valor a lo que está sucediendo con el evento denominado la última noche de la violencia, el cual, luego de muchas discusiones, los jóvenes y las madres deciden transversalizarlo en un proyecto constante y no anual, donde cada 19 del mes se realiza alguna acción o intercambio, abriendo incluso la posibilidad de sacarlo a otros escenarios con mayores impactos.

Otra investigación que permitió cruzar el concepto de fiesta con las prácticas concretas de fútbol y danza de los matachines como posibilidades de tráficos culturales, fue el trabajo de Gabriela Baquero (2016), titulado *El fútbol: una alternativa de paz para los jóvenes de la comuna 4 de Altos de Cazucá*, en el cual analiza los efectos del proceso de construcción de la

Escuela de Fútbol y Derechos Humano del barrio El Progreso de Altos de Cazucá, en el que participé desde su conceptualización, como una opción de encuentro, convivencia, participación y armonización de las relaciones entre los vecinos del barrio, los jóvenes y niños participantes del proceso que hoy día cumple más de cinco años.

El deporte permite que los jóvenes tengan unas expectativas de vida diferentes a las que viven en la cotidianidad -violencia de pandillas, drogadicción- para formarse como mejores seres humanos que aporten a su comunidad desde la construcción de alternativas de paz. Para concluir, es importante señalar que en barrio El Progreso como en muchos barrios de las lomas de la ciudad, el fútbol es un deporte practicado a diario por niños, niñas, jóvenes y adultos, pero el sentido que empezó adquirir para los jóvenes de la Comuna 4 de Altos de Cazucá trascendió a convertirse en una práctica política, ya que inspira grandes sentimientos de afecto, transformación y esperanza (Baquero, 2016: 51).

Por otra parte, Carlos Miñana (2004) aborda el tema del arte y la fiesta como manifestaciones efímeras en barrios populares, explorando la importancia del intercambio de dones, donde, por ejemplo, el sostenimiento de la práctica festiva del Halloween se ha restringido por las nuevas formas de espacios urbanos, como los conjuntos residenciales cerrados. Este referente me permitió profundizar en lo expuesto por Marcel Mauss (2007) con la economía del don, siendo esta una forma de explicar la importancia cultural de los intercambios de dones que observé en las tres conmemoraciones que acompañé en el barrio Punta del Este.

Además de lo anterior, Torres y Rubio (2006) sistematizan la propuesta de teatro efímero desarrollada con jóvenes habitantes de Altos de Cazucá en Soacha. La experiencia permite evidenciar que las iniciativas de resistencia civil convocan de manera vital a los jóvenes para participar en la transformación de las representaciones sociales y las prácticas culturales que legitiman violaciones graves de sus derechos.

A nivel internacional, una de las investigaciones más relevantes en este campo fue realizada en Brasil y explora el carnaval desde sus implicaciones políticas. DaMatta (2002) expone una dimensión acerca de lo festivo en el ámbito urbano para entender la importancia y el poder de transformación e, incluso, de perpetuación del orden social de las manifestaciones carnavalescas.

En el carnaval dejamos de lado nuestra sociedad jerarquizada y represiva y tratamos de vivir con más libertad e individualidad. Para mí, esa es la dramatización que permite englobar en una sola teoría no únicamente los conflictos de clase (que en el carnaval se compensan y se suavizan), sino también la invención de un momento especial, que guarda con lo cotidiano brasileño una relación muy significativa y cargada políticamente (DaMatta, 2002: 62).

Consideraciones metodológicas

La presente investigación, así como toda labor académica posicionada desde las ciencias sociales, se encuentra atravesada por una serie de intereses que oscilan entre lo académico y lo personal, en un movimiento constante donde la experiencia sensible, acompañada de una serie de herramientas analíticas, puede ser fuente de conocimientos que aporten a discusiones teórico-prácticas.

En este caso, el gusto e interés personal por temas como el fútbol y el teatro, el ejercicio profesional del trabajo social y la mirada investigativa e interdisciplinaria de los estudios culturales se entrelazaron en la búsqueda de respuestas sobre las verdaderas implicaciones del arte y el deporte en aquellas comunidades afectadas directamente por la guerra.

Conocí el acto conmemorativo de los doce de Punta del Este por medio del Centro Nacional de Memoria Histórica en el año 2017, fecha en la que, siendo funcionario de dicha institución, pude acompañar el ejercicio gracias a

la realización de un cine foro. En esa ocasión y dado el interés personal por los temas tanto del conflicto armado como del fútbol, decidí comenzar a registrar el proceso y comprometerme con el mismo más allá del vínculo laboral que tenía como funcionario del CNMH.

La metodología se fue adaptando con el tiempo, con el objetivo de posibilitar un dialogo entre: mis experiencias personales, la academia, la comunidad del barrio Punta del Este y las instituciones Estatales.



El interés que surgió esa noche me llevó a seleccionar dicho proceso como fuente de análisis para la tesis de la Maestría en Estudios Culturales que empezaba a cursar, pero también terminó en el involucramiento de la Asociación Fútbol ConCiencia de la cual soy cofundador, en la planeación y realización de la conmemoración, a través de acciones de apoyo comunicativo tanto en Bogotá como en Buenaventura y de apoyo financiero por medio de la gestión de recursos para el fortalecimiento de los procesos que se desarrollaron entre 2017 y 2019.

Durante esos tres años he podido acercarme desde diferentes ámbitos a la conmemoración, la cual, más allá de ser un evento concreto, se plantea como un proyecto de vida para las madres y los jóvenes cercanos al ejercicio de memoria histórica. Al ser un actor ajeno a la comunidad, sumado a la desconfianza que tiene la comunidad de Buenaventura frente a las instituciones del Estado, he sido considerado como un actor externo, lo que, por un lado, me ha permitido conservar cierta distancia investigativa y, por otro, dejar claro que las acciones emprendidas desde la Asociación han sido desinteresadas e, incluso, no necesariamente dependientes de mis estudios, lo cual ha generado y potenciado vínculos de confianza con las madres y los jóvenes.

Ser reconocido por la comunidad como investigador y prestar apoyo a la organización de los diferentes eventos me permitió tener acceso a mucha información sobre las conmemoraciones, así como establecer diálogos con, jóvenes, niños y niñas, familiares de algunos de los jóvenes asesinados, representantes de instituciones acompañantes y con la comunidad en general.

La metodología de investigación realizada desde un enfoque cualitativo incluyó entrevistas semi-estructuradas y observaciones participantes que quedaron registradas en diarios de campo, fotografías y material audiovisual tanto propios, como de las familias, así como una revisión documental de artículos de prensa y piezas publicitarias de la conmemoración difundidas por medios de comunicación principalmente locales.

A medida que fueron avanzando las primeras observaciones y entrevistas, fue posible llegar a una primera categorización de la información, que permitió identificar la conmemoración de cada año como una fiesta, que soporta dentro de ella el fútbol y danza de los Matachines, las cuales, entendidas desde el concepto de bienes comunes, contribuyeron a analizar la conmemoración como un ejercicio de una comunidad emocional, en la que los intercambios culturales que suceden vuelven a conectar al barrio con la concepción ancestral de comercio cultural, donde el respeto, preservación y

difusión de sus prácticas culturales es la base del progreso económico. La investigación fue fijando un curso metodológico guiado por la etnografía y la Investigación Acción Participativa, lo que llevo a nutrir los registros y las formas como iba sumergiéndome en la comprensión primero de la conmemoración y posteriormente de la masacre, así como la fundación de barrio y la vida y migración desde Yurumangui.



La transcripción de las entrevistas, los videos, las fotografías, los archivos y los diarios de campo, fueron los registros que permitieron acercarse de forma profunda al caso, en un cruce constante entre los referentes conceptuales, la información recolectada y los análisis personales. Por último, es importante mencionar que la formación interdisciplinaria de los Estudios Culturales permitió no solo concebir diferentes herramientas de recolección de la información, sino también para la categorización y análisis de la misma.

La estructura metodológica final permitió pasar por la descripción, participación, narración y acción frente a lo que significa el fútbol y la danza de los Matachines para la comunidad.



LOS ONCE MATACHINES DE PUNTA DEL ESTE

Los cuerpos, sujetos al vaivén implacable de fuerzas superiores e inmanejables, aprenden a desarrollar prácticas de autocuidado y protección de las propias energías vitales. Se trata de procesos salpicados de frustraciones, dolores e impotencias, pues la prolongada violencia que los colombianos experimentamos a diario sigue aún vigente, así como la incapacidad de su elaboración colectiva. Y, sin embargo, son precisamente esas dificultades las que están generando en el país un extraordinario laboratorio de nuevas propuestas, lenguajes, reflexiones alrededor de la memoria. (Vignolo 2013, 20-23) (Vignolo, 2015: 94).

La organización, recursos, personas y escenarios en los cuales se desarrollaron los hechos ocurridos entre el 19 y el 20 de abril del 2005 retan la imaginación y cuestionan los más profundos criterios éticos en un teatro del horror, donde, con crueldad, un grupo paramilitar pos desmovilización, desplegó un engaño hacia la comunidad del barrio Punta del Este, cuyos motivos aún siguen sin ser claros. Pero la dramática violencia vivida en el país también ha sido la semilla de manifestaciones increíbles de resistencia en las que, de forma personal y/o colectiva, se ha avanzado en la construcción de memoria histórica y procesos de paz en medio de la guerra.

Explorar los profundos daños culturales que ha propiciado la guerra en un caso como el de la masacre de los doce de Punta del Este requiere, también, adentrarse en las formas como las comunidades se valen de las prácticas culturales que sirvieron de extensión de la violencia para anteponerse a dichos daños en medio de una espera agónica de verdad, justicia y reparación. Es por esto que en el relato que viene a continuación no planteo una revisión detallada del estado jurídico del caso, entre otras cosas,

porque aún está a la espera de un fallo definitivo. Más bien, me valgo de la única investigación sobre el caso que plantea dicho enfoque, publicada como un capítulo del informe del Centro Nacional de Memoria Histórica (2016), *El derecho a la justicia como garantía de no repetición. Volumen II* así como de las entrevistas a los familiares de los jóvenes y a la abogada que adelanta el caso como parte del trabajo de campo que realicé entre abril de 2017 y octubre de 2019, las cuales buscaban conocer las formas como la masacre penetró las estructuras culturales de la comunidad, generando daños que propiciaron transformaciones que analizaré más adelante.

Por petición de las familias, la investigación no busca reconfirmar la información existente sobre la masacre, sino enfatizar en los daños y transformaciones culturales que se movilizaron alrededor de las prácticas del fútbol y de la danza de los matachines. Sin embargo, en este apartado reconstruyo el paso a paso de la masacre con la intención de analizar el tránsito de las prácticas culturales (el antes y el después), para llegar a lo que la comunidad denomina en la actualidad La última noche de la violencia. Todo esto con las precauciones necesarias para no poner en peligro a las madres y jóvenes que, aun hoy y a portas de los 15 años de la masacre, continúan peleando contra la impunidad.

19 de abril del 2005

Son las 10:30 de la mañana del martes 19 de abril de 2005 y por las calles del barrio Punta del Este de la ciudad de Buenaventura transitan niños, niñas y jóvenes, observados desde puertas y ventanas por sus abuelos y abuelas. En común tienen la falta de oportunidades laborales. Los niños y niñas estudian en su mayoría en la escuela primaria Sagrado Corazón de María ubicada a una cuadra de la cancha de fútbol, que hace las veces de lugar de acceso al barrio y centro del mismo. Quienes logran acceder a la educación secundaria se desplazan a otros barrios cercanos, mientras que la mayoría de los jóvenes

entre los 16 y 25 años esperan a que lleguen las horas de la tarde para ir a trabajar en el descargue de madera que arriba al puerto.



Fotografía de Jorge Bautista. Escuela del barrio Punta del Este, abril de 2019.

Muy pocos adultos permanecen en Punta del Este durante el día, dado que, en su mayoría, se desplazan hacia el centro de la ciudad para desarrollar actividades económicas informales asociadas al puerto, mientras que los jóvenes se dedican a lo único que pueden hacer sin necesidad de dinero o salir del barrio: jugar fútbol. Rumores de violencia circulaban por los distintos barrios ubicados en la comuna 5 de Buenaventura. La supuesta presencia de estructuras urbanas de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC, y una posible arremetida de las Autodefensas Unidas de Colombia, AUC, ambientaban un panorama de desconfianza e inseguridad, el cual nunca impidió que los jóvenes salieran a la calle a jugar.

Tan solo había pasado un año desde que Adolfo Valencia, conocido como el Tren Valencia, se retirara del fútbol profesional, ese mismo joven,

insignia de la selección colombiana de fútbol que jugó en países como Alemania, España, Grecia, Estados Unidos, China y Venezuela era familiar de los jóvenes, había nacido y crecido en el barrio Punta del Este. Él era un referente que alimentaba la pasión y alegría propia de las comunidades afro para las que el deporte, la música y la danza no solo son motivo de alegría y unidad, sino una oportunidad de llevar recursos económicos a sus hogares. Al respecto, Regina Valencia me decía en una entrevista sobre su hijo, Manuel Concepción Rentería Valencia, conocido como Piro, que

ese era el sueño que ellos tenían, salir adelante con el matachín y el fútbol. Él me decía: yo tengo que salir a delante con el fútbol y el matachín y usted va a vivir como una reina. Y ese ha sido el referente del sector.

Piro me decía: usted es prima hermana con el Tren y yo también voy a salir adelante con el fútbol y con el matachín. Ese ha sido el referente de nosotros, él creció al ladito de nosotros y por eso me alegra decirle Comin, yo no me olvido de él.

Nosotros conocimos al Tren de pequeño, porque el Tren creció con nosotros, por eso yo me alegro de haber ayudado a Comin, porque a él la mamá le servía la comida, a lo que le daban la comida, él comía rápido y se iba a donde mi mamá, hasta que yo le dije: “oiga Adolfo usted si come ¿no?” Y él me mira y dice: “oiga mamá, yo soy Comin, comino, hijo de buen comedor, en un tiempo yo comía poquito...” y así se quedó en Comin (risas) (Entrevista a Regina Valencia, septiembre 12 de 2019).

Para aquella mañana del martes 19 de abril del 2002 la violencia era solo un rumor. La cotidianidad de Punta del Este se desarrollaba de forma muy aislada de las dinámicas de la ciudad, con tradiciones, lazos de familiaridad y solidaridad muy propios de un barrio habitado por una gran familia extensa que, a pesar de haber abandonado su territorio originario, luchaba por mantener sus formas de relacionarse y sus actividades cotidianas.

La danza de los matachines y jugar fútbol se constituían como una práctica que inundaba la cotidianidad del barrio y les recordaba día a día a sus

habitantes sus raíces afro descendientes. La música y el biche que ambientaba tanto el juego como la danza les hacía sentir que vivían en una Yurumanguí pequeña, incluso, gracias a la solidaridad y alegría de sus prácticas tradicionales la falta de algunos servicios básicos, la carencia de vías de acceso y las tensiones que sufrían los barrios aledaños al puerto y que se incrementarían a partir de ese momento se hacían menos evidentes.

Hasta la época que vivieron estos muchachos en el 2004 el barrio fue...

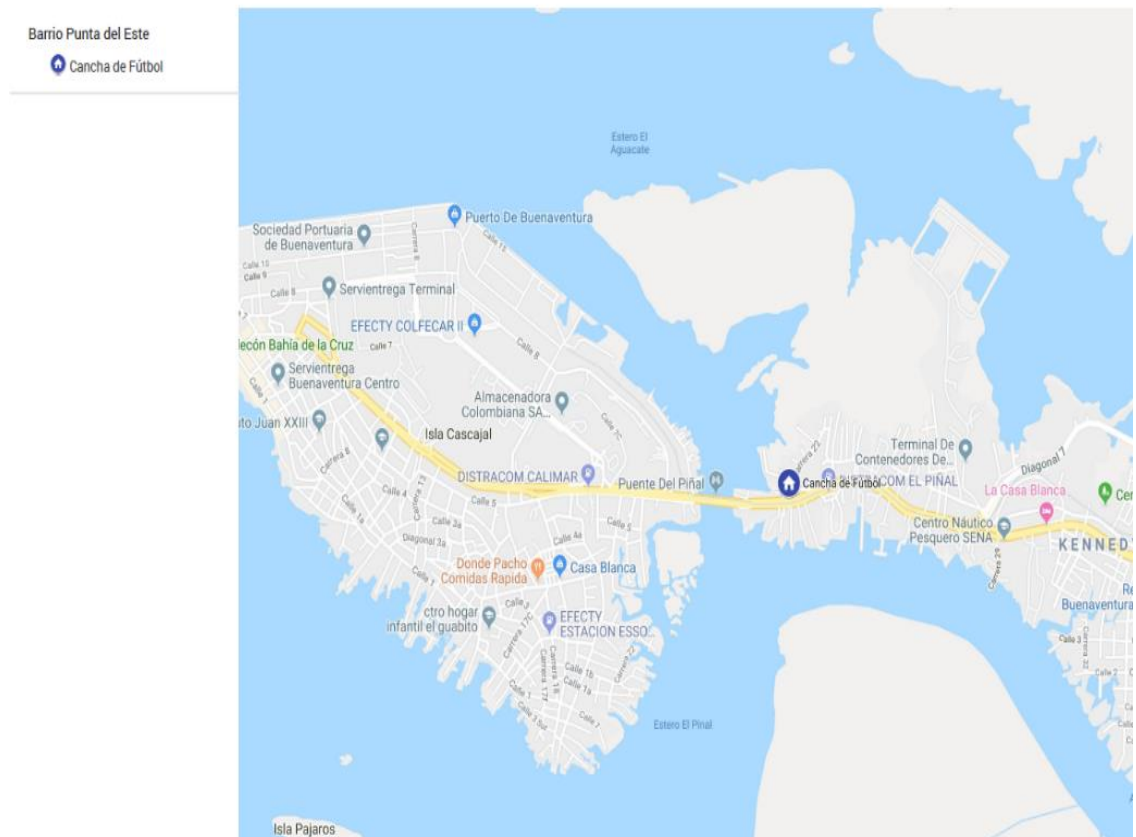
Uno se sentaba a hablar, jugar, andábamos con los matachines, pero ya del 2005 para acá los matachines se pasaron tres años sin hacerse, porque los muchachos que asesinaron eran quienes lo hacían porque nosotros se los enseñamos. Para nosotras las madres la vida ha sido muy difícil, no tenemos el sustento económico que ellos nos daban, no tenemos una vida digna, todo se fue en engaño (Entrevista a Regina Valencia, marzo 17 de 2019).

Los rumores de violencia que circulaban por la comuna 5 de Buenaventura, compuesta por los barrios Pascual de Andagoya, La Palera, Punta del Este, Santa Cruz, La Inmaculada, Santa Fe y Miramar (ver Mapa 1), cada día eran más fuertes, aun así, en Punta del Este se seguía viviendo como una familia extensa proveniente de Yurumanguí. Parecía que la violencia que habían conocido y experimentado en su territorio de origen no los seguiría hasta la ciudad. Con esta confianza las madres se dedicaron a realizar y luego a transmitir a las nuevas generaciones la danza del matachín, entre otras prácticas culturales heredadas de su tierra natal como la fabricación de biche, una bebida alcohólica artesanal originaria del Pacífico colombiano y fabricado principalmente por mujeres afro descendientes a partir de la destilación de la caña de azúcar. El biche, además de ser una bebida alcohólica, tiene muchos usos medicinales.

En 2005 la danza tradicional de los matachines se celebró entre el 20 y el 26 de marzo. Ese año la fiesta fue diferente, porque los protagonistas fueron los jóvenes. Durante el año previo sus madres los habían preparado para ponerse

la máscara del matachín y ellos salieron a bailar con los cantos de sus madres y abuelas de fondo. Tan solo habían pasado 24 días desde la celebración y en el barrio aún se respiraba la confianza, alegría, solidaridad y amor colectivo que le ponen a esta fecha las comunidades afro, pero que nunca volverían.

Buenaventura



Mapa 1. Casco urbano de Buenaventura. Elaborado en Google MyMaps.

Esa mañana, ante la mirada sabia y desconfiada de la abuela Helena, la cancha de fútbol se congelaba. Bastarían al menos tres años más para que ese espacio volviera a tener la vida que se perdió este día. En moto y proveniente del barrio aledaño de Santa Cruz, entraba Dagoberto Caicedo Benítez, quien había llegado a la zona la noche del lunes 18 de abril junto con su primo Carlos Javier Caicedo, luego de que alias Miguel lo contactara para

que, a la mañana del siguiente día, a cambio de dinero, invitara a los jóvenes del barrio Punta del Este a jugar un partido de fútbol en el municipio de Dagua.

No todos los jóvenes jugaban fútbol, pero la mayoría de ellos habían ido a jugar el domingo anterior a ese mismo municipio, ubicado aproximadamente a hora y media de Buenaventura, razón por la cual la invitación de Dagoberto no levantó sospechas, salvo para aquella abuela, cuya desconfianza retumba hoy en día tanto en niños, jóvenes y adultos del barrio. Bolivia Aramburo, madre de Rubén Darío Valencia Aramburo, conocido como Kinki, ha reconstruido gran parte de los acontecimientos en poesías como la siguiente:

Dios mío qué gran tristeza al recordar esta historia
El caso de los 12 jóvenes lo tengo de memoria,
Un martes en la mañana fue que entró un varón
Al barrio Punta del Este nadie tuvo precaución.
Tan solo una abuela sabía
Al ella verle la cara no le llamo la atención,
Él quiso coger malasia, el corazón negro tenía
Por el darle confianza un vaso de agua pedía.
Tan sabia la abuela Helena tenía el don de revelación,
Respiraba por el Espíritu Santo
Veía la mala intención.
Con voz triste ella lloraba muchachos
Véanle la cara, este hombre es malo, de bueno no tiene nada.
Lloraba con gran lamento, tengo un presentimiento y dolor en corazón,
Mi hija Melba que venga y le llame la atención.
Así concluye esta historia cuando en moto los sacaron
Qué estrategia tan macabra, daban doscientos mil pesos al equipo que
ganaba.

(Aramburo, Poema sobre los 12 de Punta del Este , 2017)

Diez jóvenes salieron de Punta del Este, de a dos en dos en la moto de Dagoberto, hacia el barrio La Cruz. La mayoría de ellos jugaba fútbol, aun así,

la oferta de Dagoberto también incluía a aquellos que no lo hacían y querían acompañarlos. Los jóvenes pertenecían casi todos a una misma familia extensa, incluso, muchos comparten los mismos apellidos, porque, “en Punta del Este todos somos familia” (Intervención de Jefferson Rentería Valencia, grupo focal, septiembre 12 de 2019). Para las madres, los diez jóvenes que salieron del barrio solo tenían en común tres cosas: ser jóvenes habitantes de Punta del Este, hacer parte de los matachines y el gusto por el fútbol. Para ellas es imposible hablar del acontecimiento sin mencionar estas tres características, ninguna de las cuales ha sido mencionada ni trabajada en las audiencias que se han adelantado en el marco del proceso legal.

Manuel Concepción Rentería Valencia, conocido como Piro e hijo de Regina Valencia, había salido del hospital dos días antes por contraer hepatitis y, ante la falta de recursos económicos para comprar los medicamentos, insistió en acompañar a los jóvenes que jugarían el partido. Aunque él no podría jugar, acompañar a sus amigos también lo hacía acreedor del premio.

No abuela, déjeme ir (...) porque si estos muchachos ganan, ellos me dan, porque la [medicina] que me dio el médico a la salida [del hospital] todavía mi mamá no me la ha terminado de comprar porque no hay plata. Si ellos ganan con lo que ellos me den yo termino de comprar mi [medicina], allá yo me meto a la sombra” (...) y ahí él le dijo al señor [Dagoberto Caicedo] “¿Amigo usted me lleva?” y entonces dizque él se lo queda mirando así y que le dice “Si usted quiere” y él se sube en la moto (CNMH, Campo, 2013/11/01b, Entrevista a familiar, hombre joven, de los 12 jóvenes de Punta del Este, Buga) (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2016: 315).

Mientras Dagoberto llevaba a los jóvenes al barrio La Cruz, Wilmar Román, conductor del colectivo con placas VMV 661 y quien también había sido contactado por alias Miguel, los esperaba para transportarlos a Dagua. La versión de Wilmar, al igual que la de Dagoberto, concuerda en que ambos fueron engañados y, para ellos, esta logística efectivamente respondía a un partido que se jugaría.



Fotografía de Jorge Bautista. Cancha de fútbol del barrio La Cruz, abril 2019.

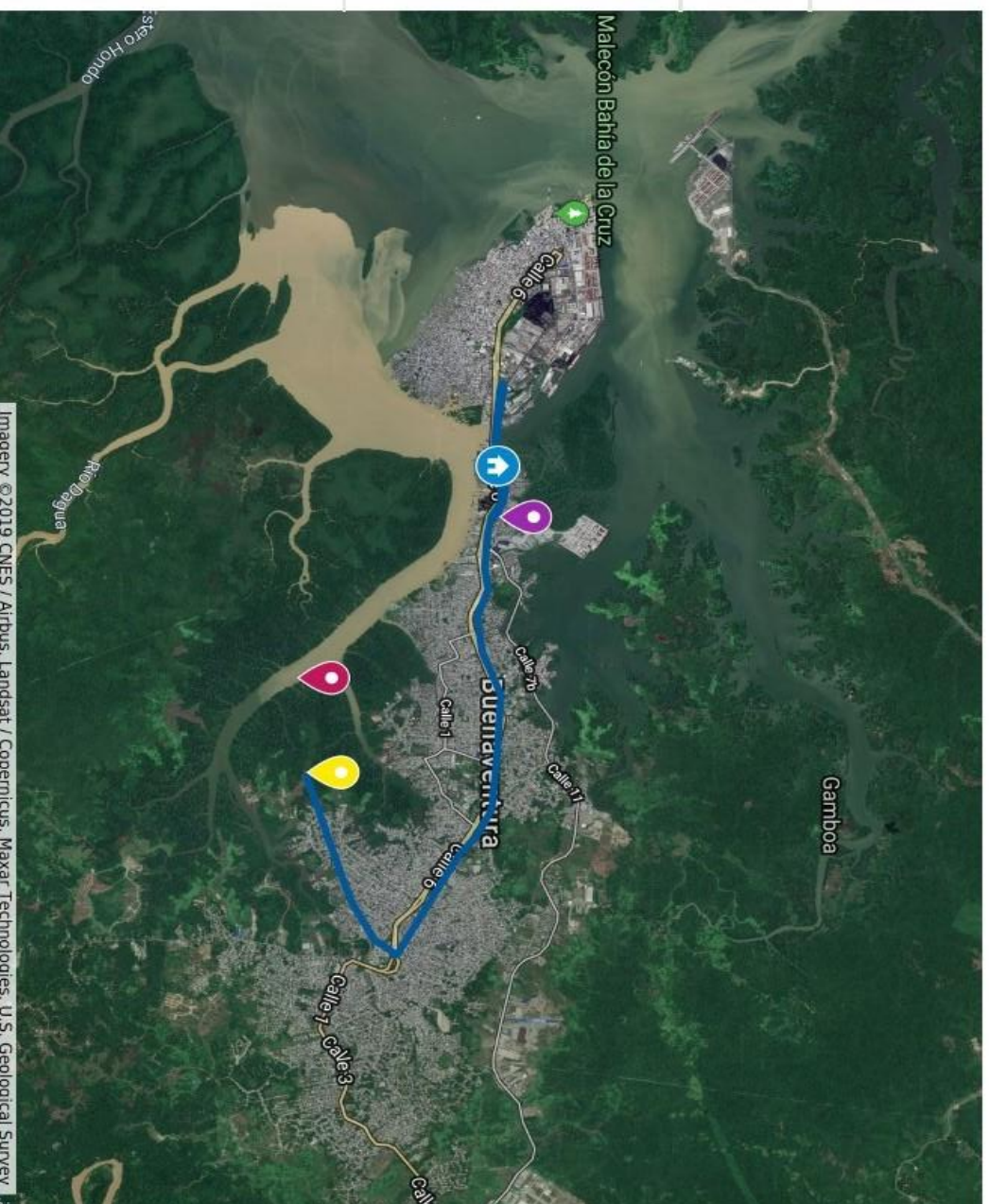
Wilmar era conocido en Punta del Este y en los barrios cercanos con el apodo de Yuquita. Su relación con los jóvenes era cercana debido a que había crecido en el sector, jugaba fútbol con ellos y, además, durante muchos años fue conductor de la flota de buses y persona de confianza del Tren Valencia. Dicha cercanía daría la seguridad suficiente para que los jóvenes tomaran el colectivo.

El onceavo joven abordó el bus en el barrio La Cruz. El equipo estaba completo. Alias Miguel, quien se demostró en las audiencias que hacía parte de un grupo paramilitar pos desmovilización, organizaba la subida al vehículo junto con Guido Matamba y Javier Caicedo. La labor de Dagoberto de llevar a los jóvenes hasta el barrio vecino estaba completa, mientras los hermanos Wilmar e Isaac Román comenzaban la suya.

Para tomar la avenida principal de la ciudad, el bus pasó frente al barrio de los jóvenes, quiénes, sin saberlo, lo vería por última vez (ver Mapa 2). Desde ese día, nadie volvería a ver a Punta del Este de la misma forma. Aun hoy, los transportadores de la ciudad no entran hasta la cancha del barrio y, quienes se aproximan a la entrada, siempre recomiendan tener mucho cuidado, situación que desde que comencé a ir al barrio en el 2017 no ha cambiado.

Buenaventura

Barrio La Cruz
 Barrio La Cruz  Trayectoria
Barrio Punta del Este
 Cancha de Fútbol
Punto de encuentro de los cuerpos
 Lugar donde presuntamente fueron llevados los jóvenes  Lugar donde aparecieron los cuerpos



Imagery © 2019 CNES / Airbus, Landsat / Copernicus, Maxar Technologies, U.S. Geological Survey

Mapa 2. Recorrido del bus que transportó a los jóvenes desde que salieron de sus hogares. Elaborado en Google MyMaps.

Las madres no paran de imaginar lo que vieron y vivieron sus hijos desde que salieron del barrio. Los testimonios encontrados de quienes vieron el bus, retratan el recorrido en el colectivo hasta una casa abandonada en el sector de Las Vegas, muy cerca donde se encontrarían los cuerpos. En dicha casa se especula que estaría el doceavo joven, Edison Bernardino, de quien se desconoce su procedencia, pero que fue igualmente torturado y asesinado con los once jóvenes. Las madres de Punta del Este lo velaron junto con sus hijos.

En su recorrido tomaron la avenida Simón Bolívar, pasando frente al barrio Punta del Este, a varios CAI de la ciudad y a la vista de algunos conocidos, emprendiendo el camino hacia un partido que nunca tendría lugar, pues al llegar al sector conocido como El Retén, cuatro hombres armados, entre ellos José Rentería Valencia, alias Morito, lo interceptaron y obligaron al conductor a desviarse hacia el estero San Antonio, específicamente el sector de Las Vegas. Allí, de una casa abandonada salieron otras personas armadas, quienes obligaron a los jóvenes a salir del vehículo, dispusieron que Wilmar e Issac Román abandonaran el lugar y procedieron a dominar e inmovilizar a los jóvenes, amarrándolos de pies y manos con los cordones de sus propios tenis (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2016: 316).

Ese mismo martes en la tarde, al volver al barrio, madres y familiares comenzaron a preocuparse y cuestionarse sobre el paradero de sus hijos, sin embargo, fue solo hasta caída la noche cuando decidieron salir a la avenida Simón Bolívar a esperar la llegada del bus. Con el tiempo, la desesperación crecía, lo que generó que el barrio entero se dividiera entre quienes seguirían en la avenida esperando la llegada de los jóvenes los que se desplazaron

hasta el municipio de Dagua, específicamente a la estación de policía y los que se dirigieron a la estación central de la policía de Buenaventura.

La respuesta de las autoridades en ambos puntos fue la de esperar 24 horas para poder dar a los jóvenes por desaparecidos y activar los protocolos. La angustia y malos pensamientos mermaron un poco cuando algunos familiares acudieron a que les leyeran las cartas, siguiendo sus creencias culturales, en las cuales salió que los jóvenes estaban bien. Las madres intentando calmarse entre sí, se convencían de que al terminar la noche sus hijos estarían en casa.

[Allí] salían que no, ellos estaban bien, que estaban (...) encima de una manta, pero que estaban bien, que no estaban muertos (...). [Sin embargo,] [n]o nos sentíamos muy bien a pesar de que nos decían así, no nos sentíamos muy bien porque a medida que pasaba el tiempo ya se hizo tarde y no aparecían y la noche y ninguno de ellos llegaban (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2016: 318).

La noche que nunca terminó

Para los habitantes del barrio, la noche del 19 de abril de 2005 nunca terminó. Ni sus creencias, ni la respuesta de las instituciones, ni sus propios ejercicios de sanación han podido cerrar esa larga noche. Sus hijos nunca volvieron. Hasta el momento no se ha conocido toda la verdad sobre su asesinato, mientras el barrio y sus familias continúan padeciendo de una serie de condiciones de vida indignas, a lo que se suma un sentimiento creciente de inseguridad y desprotección.

Desde aquel entonces, las bandas criminales no han dejado de acechar a los jóvenes del barrio y, agónicamente, algunas familias intentan sostener sus prácticas culturales ancestrales mezcladas con mensajes de paz, memoria y justicia. Víctor Angulo, artista y líder de la organización Rostros Urbanos, quien ha acompañado el proceso de las madres por más de diez años,

argumenta que la masacre fue realmente un golpe a toda la ciudad, en toda Buenaventura existe un antes y un después de la masacre.

Es un efecto negativo a toda la ciudad, porque no solamente afecta a Punta del Este, sino también al Distrito de Buenaventura en términos de una afectación emocional y de una ruptura de las prácticas culturales que relacionaban a las comunidades afro como tal. Lo que hace es crear un ambiente de incertidumbre y desconfianza, un ambiente hostil en la comunidad que nos pone a desconfiar unos de los otros, que eso es fundamental, porque, digamos, eso en nuestra comunidad eso no se veía, porque nosotros nos saludábamos más allá de conocernos o no. Y con la masacre y otros hechos que han ocurrido lo que se hizo fue romper con esos patrones culturales, que nos puso a desconfiar de cualquier persona externa o conocida en la comunidad.

Punta del Este se sumergió en esos índices de pobreza que existen [...] El tema cultural se vio afectado. A ver, como un tema de desarrollo de barrio también se vio afectado. Nosotros decimos que Punta del Este se quedó en el tiempo y normalizó los patrones de violencia que existen en la ciudad y en Punta del Este como tal (Entrevista a Víctor Angulo, abril 17 de 2019).

El 20 de abril de 2005, desde muy temprano, las familias continuaron la búsqueda de los jóvenes del barrio, mientras las instituciones prestaban una atención débil y lenta. La policía acompañaba las labores de búsqueda que familiares y allegados desplegaban por la ciudad y sus alrededores. Instituciones y fuerza pública se negaban a entrar a algunos lugares, aludiendo que esto podría ponerlos en peligro por el control de grupos armados.

En medio de la búsqueda se encontraron con un vecino que había tomado las placas del auto de Wilmar Román, conocido como Yuquita. Hasta ese momento él representaba la mayor esperanza de encontrar a los jóvenes con vida, sin embargo, cuando fue hallado por los vecinos y las familias, negó absolutamente su participación en los hechos. Incluso, negó haber trabajado

el día anterior, versión que ese mismo día ratificó en las instalaciones del Gaula, luego de ser llevado a rendir declaración conforme las versiones de vecinos que lo vieron conducir el vehículo que transportaba a los jóvenes en su interior. En el transcurso de la tarde, y luego de rendir declaratoria, Wilmar fue puesto en libertad.

La prensa, las instituciones y muchas personas de la ciudad comenzaron a visibilizar la desaparición de los jóvenes. Circulaban rumores y versiones sobre los hechos. Mientras las madres y familias se daban fuerza entre ellas, la noche caía, los jóvenes aún no aparecían y todos comenzaban a sospechar que no los encontrarían con vida. En medio de llamadas falsas, muy diversas hipótesis y la esperanza de las madres de que sus hijos regresaran, pasaba otra noche sin que se supiera algo de los jóvenes. Las instituciones las culpaban de no hacer la denuncia a tiempo y los vecinos formaban grupos de búsqueda que no pararon a pesar de la oscuridad.

Las familias continuaban recorriendo los lugares donde, según los rumores y testimonios, se especulaba podrían estar los jóvenes. A muchos de estos lugares solo entraban las madres. Las autoridades como el Gaula y la policía les pedían a las familias que ingresaran y les avisaran si los encontraban. La actitud de dichas instancias comenzó a despertar las sospechas en la comunidad, las cuales aún se mantienen, por eso, denuncian la complicidad de las mismas en el conocimiento de la masacre y el entorpecimiento de la búsqueda.

Y se me niegan, se me niegan lo que ellos tenían que hacer, el derecho que tenía. (...) [Y]o les dije, yo les dije así: “ustedes son los corruptos” (...) Y la policía nos contestó (...) “a esta hora ya son la siete de la noche ya no hay más cómo hacer esa solución, porque a esta hora no se puede”, y entonces le decimos (...) “ustedes son la ley y esas son las respuestas que nos dan, ustedes son los mismos corruptos y ustedes saben para dónde se llevaron esos muchachos que no aparecen” (...) de ahí arranqué me vine del Centro a pie, ya desesperado (CNMH, Campo,

2014/03/18a, Entrevista a familiar, hombre, de los 12 jóvenes de Punta del Este, Buenaventura) (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2016: 320).

En la mañana del 21 de abril las familias se desplazaron hacia el sector conocido como Las Palmas a las afueras de la ciudad luego de recibir unas llamadas de personas que decían haber visto a los jóvenes en el bus, oído tiros e, incluso, cuerpos flotando en el agua. El sector se caracterizaba por estar bajo el dominio de grupos armados al margen de la ley y ser de difícil acceso, lo que poco a poco reducía las esperanzas de las madres de encontrar con vida a los jóvenes.

Un olor nauseabundo en el barrio La Unión, en la comuna 12 de Buenaventura, permitió a las autoridades descubrir la masacre de doce jóvenes, asesinados en hechos que son un misterio [...] Ayer, poco después de las 11 a.m., los lugareños aprovecharon la presencia de una patrulla de la Policía para reportar el hedor. “El martes por la noche escuchamos disparos, pero como eso es común por estos lados no pensamos que se tratara de algo serio”, dijo uno de los moradores de este barrio, a orillas de la vía que conduce al aeropuerto (El Tiempo, 2005).

Cuando las madres llegaron, la policía se encontraba en el sector y, sin embargo, no se atrevían a entrar por cuestiones de seguridad. Con la policía estaba un pescador que, años antes, había habitado en el barrio Punta del Este y manifestó reconocer los cuerpos flotando sobre el estero San Antonio. Dichos cuerpos sí pertenecían a los jóvenes del barrio, declaración que terminó con las esperanzas de las madres y aumentó su indignación y sospecha en contra las autoridades, dado que les indicaban que ellas debían entrar hasta el lugar y reconocer los cuerpos.

Mientras eso sucedía llegaron los miembros del Gaula, quienes inmediatamente les pidieron a las madres quedarse a cierta distancia del acontecimiento. Ellos entraron, encontraron y transportaron los doce cuerpos

en un estado muy avanzado de descomposición. Las madres, sin poderse acercar lo suficiente, trataban de identificar los cuerpos, sin embargo, solo los recuerdan como cuerpos desfigurados que fueron poco a poco organizados el interior del camión de medicina legal. Dolor, incertidumbre e indignación acompañaban a las madres, sentimientos que luego de 14 años se mantienen.

Tras el levantamiento, los cuerpos fueron conducidos a la morgue del cementerio central, a donde las madres se desplazaron rápidamente. Al llegar al lugar debieron, nuevamente, esperar afuera, mientras las autoridades acomodaron en el suelo de un salón los doce cuerpos encontrados sin ningún cuidado, higiene, refrigeración, acompañamiento jurídico o psicosocial para las madres, quienes a veían través de las rejas el trato inhumano que les daban, mientras esperaban que les dieran la entrada para el reconocimiento.

El momento más doloroso fue el proceso de reconocimiento, donde una por una entró al salón con la tarea de reconocer a su respectivo hijo. Allí encontraron que los cuerpos estaban totalmente desfigurados. Ellas no recibieron ningún tipo de acompañamiento, lo que acentuó el dolor al tener que buscar en los cuerpos marcas específicas o elementos de lo que les quedaba de ropa que les sirviera para identificarlos. Algunas de las madres negaban que ellos fueran sus hijos, aun así, poco a poco fueron juntando los elementos necesarios para identificar a los once jóvenes.

Luego del reconocimiento, la Fiscalía 21 local y 40 seccional comenzó las inspecciones necesarias de los cuerpos. Los resultados de las necropsias no fueron específicos sobre las formas de deterioro de los cuerpos, solo los resultados de dos de los cuerpos negaron la existencia de quemaduras con ácido, los otros diez reportaron formas de tortura en diferentes partes del cuerpo, quemaduras y afectaciones causadas por la permanencia prolongada en el río y por obra de los animales.

El viernes 22 de abril los cuerpos de los jóvenes fueron entregados a sus familiares en ataúdes sellados, debido a las condiciones de descomposición en la que se encontraban. Estas circunstancias

impidieron cumplir con la tradición de envolver los cuerpos en sábanas: Por lo general de aquí hacia acá los envolvemos en una sábana blanca es como (...) para ayudar al alma. [Pero] a ellos nos los entregaron sellados, ellos los entregaron dentro de unas bolsas (...) dentro de unas bolsas negras y los ataúdes sellados, nosotros lo que hicimos fue colocarle la foto encima de cada ataúd [...] La comunidad preparó su recibimiento: mientras unas personas esperaban y organizaban el espacio para la llegada de los cuerpos al barrio, otras estuvieron pendientes de los trámites que tuvieran que realizarse en el proceso de entrega. Debido a que no se había logrado identificar uno de los cuerpos encontrados en el estero, las familias de los jóvenes de Punta del Este, en un gesto de humanidad, respeto y solidaridad hacia la muerte de este joven y hacia sus familiares que, aunque no supieron quiénes eran, debían estarlo buscando, deciden adoptar el entierro y el duelo de este joven, momento desde el cual y sin distingo alguno, no se habla de 11 sino de los 12 jóvenes de Punta del Este. Se consiguió junto con ellos, junto con ellos hay que enterrarlo (...) porque habían doce con él, entonces no se lo podía dejar allá tirado, es un ser humano (...) si nosotros estamos buscando los de nosotros, pues de pronto la familia lo había estado buscando y no había dado con él, bueno no se podía dejar tirado allá (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2016: 338-339).

Los cuerpos, en un estado muy avanzado de descomposición y con señales de tortura que recuerdan los grados inimaginables de sevicia a los que es capaz de llegar el ser humano, fueron llevados en ataúdes sellados a la cancha del barrio. El doceavo cuerpo, de quien nunca aparecieron sus familiares, fue adoptado, velado y rezado por las madres. De esa noche pocos se atreven a hablar en Punta del Este. Los jóvenes sobrevivientes a la masacre, en un acto solemne que transformaría para siempre la práctica de los matachines, sacaron sus máscaras y bailaron alrededor de los ataúdes de esos doce jóvenes que, en Semana Santa, daban vida a aquella danza.

La danza de los matachines, traída al barrio por Alba Valencia como una apuesta por recuperar dicha práctica cultural en un barrio fundado por familias provenientes de Yurumanguí por diversas circunstancias, sería nuevamente transformada aquella noche.

Porque eso [la danza de los matachines] no se anda haciendo así porque sí. Solo en la Semana Santa o cuando cumplen años los doce jóvenes, los que fueron asesinados el 19 de abril, porque eso era una fiesta favorita de ellos. Ellos eran los que hacían esto. Ellos ya no están, pero en memoria de ellos. Ellos eran los matachines de antes, pero cuando ellos murieron, nosotras paramos dos años. Yo le dije a la profesora Alba: “no, vení acá. Animá a los muchachos, hay que seguir pa’delante, porque casi de los que murieron las mamás somos bailadoras de los matachines con ellos. Con solo recordar a los matachines lloro. Me recuerda a mi hijo, porque él era muy alegre y le gustaban esos matachines (Entrevista a Regina Valencia, marzo 17 de 2019).

DE YURUMANGUÍ A BUENAVENTURA: LA HISTORIA DE KIKI, PIRO Y PRICI

Yo nací en el río de Yurumanguí. Mi pueblo se llama Juntas, muy elegante esos paisajes, esas corrientes tan bellas y mi papá era muy estirado. Yo soy poeta porque eso yo lo tengo en sangre, mi papá era un gran poeta, pero él cantaba, él componía sus canciones y él las cantaba. Tenía una cantina y esa cantina se llamaba La Brea, por qué la brea, porque no cambiaba de persona. Mi mamá destilaba, de la caña sacaba el biche, de la caña sacaban el guarapo, entonces mi papá era un comerciante cultural, por qué cultural, porque de lo que la tierra producía sacaba miel, hacían cocadas de la misma caña y él mismo tenía su cantina. Entonces [en] el pueblo de Juntas [...] él se ponía a cantar con su guitarra [y] tenía un amigo que se llama Adriano, otro guitarrista, y [con] un muchacho que tocaba el timbal tenían su propia orquesta (Intervención de Bolivia Aramburo, grupo focal, septiembre 12 de 2019).

El presente apartado explora la identidad cultural de la comunidad a partir de la historia de su desplazamiento a la ciudad de Buenaventura, la consolidación del barrio Punta del Este y las formas como la práctica del fútbol y la danza de los matachines permitieron la construcción y reconstrucción de los lazos sociales entre los habitantes del barrio, tanto antes como después de la masacre.

Por petición de las familias y como un homenaje a la vida y a esas narrativas complejas de la guerra y de la paz, recurriré a las historias de Piro (Manuel Concepción Rentería Valencia, 16 años), Kinki (Rubén Darío Valencia Aramburo, 17 años) y Prisi (Carlos Arbey Valencia García, 18 años) para

hablar de las identidades de los jóvenes asesinados y de cómo estas se vuelven fuente de los procesos de memoria, acompañadas por sus madres Bolivia y Regina, lo que me lleva a reflexionar sobre los tránsitos de la cultura en contextos de guerra y de construcción de memoria histórica.

Explorar la historia de la comunidad en Yurumanguí nos acerca a lo que Bolivia menciona refiriéndose a su padre como comerciante cultural, noción muy cercana a la de bienes comunes, al constituirse como una opción de desarrollo e integración comunitaria, basada en principios colectivos, donde es la comunidad entera la que determina sus reglas o usos y no las instituciones públicas o privadas. Se trata de un proceso que determinaba las formas de vida de la comunidad en Yurumanguí y que, poco a poco y de la mano de la familia Valencia, fue llevado a Buenaventura.

La vida en Yurumanguí y la fundación de Punta del Este

Juntas de Yurumanguí es un corregimiento ubicado en la zona rural de Buenaventura, a unos 60 kilómetros de la ciudad y en la parte más alta de la cuenca del río Yurumanguí. Es aledaño a los corregimientos de Queso y San José y, actualmente, cuenta con 3.800 habitantes, aproximadamente, perteneciente a 187 familias y existen 137 viviendas. Es una comunidad afrocolombiana y su territorio es de propiedad colectiva, legalmente reconocida desde el 3 de diciembre de 1998 cuando se constituyó el Consejo Comunitario del río Yurumanguí, máxima autoridad de la comunidad.

Más allá de su legalización como territorio colectivo en 1998, sus habitantes recuerdan constantemente que, desde hace décadas, sus ancestros han convivido en paz y armonía con el territorio, manteniendo prácticas y creencias ancestrales, en medio de procesos de soberanía alimentaria, crecimiento económico y cuidado de la naturaleza acordes con su cultura.

Entonces, mira, la vida del campesino es mejor. Lástima que ahora, por la violencia, hay mucho desplazamiento. Nosotros como campesinos lo tenemos todo. Si yo volviera a renacer, pues [la ciudad de] Buenaventura yo no lo conocería, me iría para mi campo. Allá uno lo tiene todo, tiene su pescado, tiene su siembra. Otra parte, en la cabecera del alto Naya, ya están sembrando el arroz, siembran la papa y el estudio allá es gratuito. No hay contaminación de mar, no hay contaminación de nada, porque allá todo es natural como decía mi papá: “acá en Yurumanguí el agua es vida, el agua cae a pedazos. Es muy maravilloso” (Intervención de Bolivia Aramburo, grupo focal, septiembre 12 de 2019).

La lejanía de la que se encuentra Juntas de Yurumanguí de otras comunidades y/o cascos urbanos ha propiciado que se constituya como una comunidad independiente cultural, religiosa, económica e, incluso, políticamente. El uso del suelo del territorio es apto para el cultivo de coca, así como para la explotación minera del río, lo que ha propiciado que todos los actores armados lleguen en busca de dichos recursos para su aprovechamiento económico.

En el territorio se encuentran las prácticas culturales ancestrales de las comunidades negras, acompañadas de la autonomía política representada en el Consejo Comunitario, los innumerables recursos naturales y la presencia constante tanto de proyectos de explotación como de grupos armados. El abandono estatal ha dejado expuesta a la comunidad a una serie de vulneraciones que, desde la década de 1990, se han caracterizado por el despojo de tierras y el desplazamiento forzado de la comunidad que han impedido las opciones propias de desarrollo económico y propiciado la pérdida de costumbres ancestrales.

En Yurumanguí resistir ha tenido un alto precio. En 2001 grupos paramilitares masacraron a 8 personas en El Firme, uno de sus caseríos. Ahora han entrado las disidencias del frente 30 de las Farc y bandas criminales asociadas al narcotráfico que intentan copar el espacio que

dejó la desmovilización de la guerrilla. Algunas de estas estructuras tienen intereses en la coca, la minería y la madera (Morales, 2018).

En 2017, la Unidad de Restitución de Tierras promulgó una Sentencia según Acta No. 79 del dieciocho (18) de noviembre de dos mil diecisiete (2017) en la cual reconoce y devuelve a la comunidad de Yurumanguí los derechos colectivos de 55.000 hectáreas de bosque de la región, lo que se constituyó como un logro importante para dicha comunidad que, cada día, pierde más territorio con ocasión de los intereses económicos que los diferentes grupos armados y empresas privadas tienen sobre sus recursos naturales. Sus habitantes han resistido durante décadas al conflicto armado, lo que ha provocado que gran parte de sus habitantes se vean forzados a desplazarse hacia el casco urbano, ya sea por la violencia o en busca de mejores condiciones de vida.

Bolivia Aramburo, madre de Rubén Darío Valencia Aramburo, conocido como Kinki, nació en Juntas de Yurumanguí el 15 de octubre de 1953. Recuerda con alegría no solo las riquezas naturales de la zona, sino las sabidurías ancestrales que, en sus palabras, eran la fuente del comercio cultural que fomentaba su padre, pero, en general, toda la comunidad. Un comercio caracterizado por contribuir al desarrollo económico colectivo con el aprovechamiento de las prácticas y recursos culturales de la comunidad, de forma independiente de los actores armados y de instituciones estatales y/o privadas, cuya presencia era escasa. Es decir, no como una medida económica globalizada que respondiera a las políticas culturales y demandas económicas actuales, acercándose más a la concepción de la cultura como bien común, que, a la industria cultural, gracias a su independencia total del mercado global.

Pareciera que lo que busca la política cultural del Estado es que cada una de estas minorías aprenda a 'gestionar su propia cultura' y se conviertan en una especie de microempresarios culturales, con el fin de integrarse plenamente a los procesos 'normales' de la sociedad que, al

parecer, según el documento, son los marcados por 'la economía del nuevo siglo'. Que el indígena siga siendo indígena, pero integrándose al mercado global con artesanías o con proyectos de ecología sostenible; que el afro-descendiente mantenga sus tradiciones, pero integrándose al mercado con proyectos turísticos en sus territorios, etc. La 'cultura', entonces, pareciera ser vista como capital, o, mejor dicho, como mercancía que puede ser ofrecida en el mercado global de bienes simbólicos (Castro Gómez, 2009).

Como lo plantea Santiago Castro Gómez (2009), los riesgos que corren las prácticas culturales al fomentarse como industria cultural son la pérdida de lo ancestral y la mercantilización de sus creencias, lo cual, sin ser una decisión consciente por parte de la comunidad, ella evitó al máximo con la continuación de prácticas como la elaboración de remedios y bebidas alcohólicas, así como con la tradicional danza de los matachines que, desde la década de 1960, se realizaba como parte de un ritual religioso con fechas y pautas muy bien definidas colectivamente por la comunidad y nunca como una opción de inserción en un mercado específico. Esto les permitía gestionar entre sus miembros los recursos y reconocimientos necesarios para los manacillos, forma como se les denomina originariamente a los matachines.

La influencia del mundo globalizado y la penetración de una cultura homogeneizadora impuesta desde los países del primer mundo, presionan para que en este espacio cultural se imiten otros carnavales que han logrado insertarse en la industria cultural universal y están fundamentados en la teoría del espectáculo, que desvirtúa la esencia de las creaciones estéticas tradicionales (Dossier, 2005: 43).

La protección de las prácticas culturales y saberes propios de la comunidad, tenía como base la no difusión de las mismas en otros territorios que no fue el propio. Es decir, que los diferentes productos, así como la danza misma solo podrían ser realizados en Yurumanguí, lo que la violencia y la búsqueda de recursos económicos o de oportunidades de estudio

transformaron. En 1962, Alba Helena Aramburo, hermana mayor de Bolivia, se fue al casco urbano de Buenaventura en búsqueda de posibilidades tanto laborales como de estudio.

La vida del campesino es muy bella. Yo fui creciendo allá. [...] También la hermana mayor mía, Alba Helena, es cantautora, [...] porque, como le digo, eso lo llevamos en la sangre, de ser artista, de ser poeta. Ella, una vez viajó a Buenaventura, ella ya se crió acá y, estudiando nocturna, llegó a casa de una profesora que se llamaba Dalia y empezó a estudiar y a trabajar. Pero la profesora Dalia de ver como ella era tan juiciosa le dijo: “Alba, te ganaste tu puesto. Vas a estudiar junto con mis hijas y vas a estudiar medio día y a trabajar medio día” (Intervención de Bolivia Aramburo, grupo focal, septiembre 12 de 2019).

La familia Aramburo, proveniente de la zona de Juntas de Yurumanguí, comenzó a desplazarse a la ciudad en búsqueda de mejores oportunidades de vida. Alba Helena fue la primera, quien terminaría jugando un papel fundamental de la fundación del barrio Punta del Este. Y, posteriormente, en 1993, formaría al primer grupo de jóvenes en la danza de los matachines. Una vez asentada Alba en la ciudad, múltiples personas tanto de su familia, como de la comunidad en general, también fueron llegando al casco urbano de la ciudad. Años después Alba también sería víctima con el asesinato de uno de sus hijos en la masacre.

Gracias a Dios mi hermana se empeñó [Haciendo aseos en casas], porque ella pensaba mucho en sus hermanos pequeños, en el futuro de sus padres, entonces, cuando ella viajó y estaba allí, yo lloraba mucho cuando ella se venía. Así fue pasando el tiempo. Cuando ella fue profesora ella iba y venía [...] viajó y me trajo a mí. “Mamá présteme a Bolivia”, porque mi mamá no quería, “présteme a Bolivia que yo en diciembre la traigo”. Muchacho, cuando yo llegué acá a Buenaventura y yo miré la luz, es decir, el bombillo, yo dije: “no, yo de acá no me voy. Uno en pleno campo alumbrándonos con lámparas de petróleo y ver

esta bonitura que hay acá”. Miren que en ese entonces uno allá uno comía arroz, eso era en la Semana Santa y en diciembre, en esa época a uno le decía arroz seco y yo llegué acá a Buenaventura a comer arroz seco todos los días. Yo dije: “no, ¿a qué voy a volver a ese campo? No y así me enamoré del pueblo (Intervención de Bolivia Aramburo, grupo focal, septiembre 12 de 2019).

A pesar de que la distancia entre Buenaventura y Juntas de Yurumanguí es de solo 60 kilómetros aproximadamente, existe una brecha cultural muy grande, dado que la ciudad se configuró a partir de ideales de desarrollo y modernización, con una gran cantidad de objetos, materiales y tecnología que ingresaban por el puerto, aun así, las condiciones de vida precarias de sus habitantes propiciaron grandes concentraciones de pobreza e índices de violencia.

Mi hermana me puso a estudiar. Buena hermana como esa, ninguna, porque quien va a pensar en el futuro de sus hermanos pequeños. Muy elegante [...] Ya me quede acá, claro que sí, yo iba sabiendo que mi mamá está allá. Yo iba, yo no perdía de vista, porque allá yo tenía libertad por lo que el pueblo era pequeño y todo era conocido y mientras yo estaba acá mi hermana no me dejaba, porque ella estaba en el cuidado mío. Lo que era Semana Santa y los diciembres me iba a tirar rumba, ¿no ve que haya estaba el amor de mi vida? El amor, el papá de estos muchachos, Adriano Valencia y, bueno, yo sí les digo muchachos, nos enamoramos. Con el tiempo tuve a mi hijo Adriana, la mayor, en seguida de Adriana yo tuve doce hijos, todos con nombres y apellidos. Adriana fue la mayor, después Rubén Darío, mi muchacho (Intervención de Bolivia Aramburo, grupo focal, septiembre 12 de 2019).

Las ventajas de estudio y trabajo que brindaba la ciudad fueron atrayendo poco a poco a los habitantes de Juntas de Yurumanguí, hasta convertirse en una migración masiva de personas.

Vinieron en busca de nuevas oportunidades. Hay personas de allá, lógicamente, que sí son desplazados, porque también allá se presentó la violencia. Pero algunos, los ancestros, vinieron aquí como en busca de otros territorios, de otras alternativas y se asentaron allí, exactamente, entonces el barrio es propiamente como se dice una colonia de Yurumanguí (Entrevista a Deyner Mestizo, octubre 13 de 2017).

Los recién llegados de Yurumanguí eran familiares de sangre o de crianza, amigos, compadres y vecinos que se fueron estableciendo colectivamente a un lado de la carretera principal, antes del puente que divide la isla del resto de la ciudad. En ese entonces, era una zona sin ninguna importancia estratégica para la ciudad, a pesar de su cercanía con el puerto y a donde llegaban por el mar los desechos portuarios, pero la comunidad comenzó rellenar y compactar la zona con tablas y arena, con el fin de construir encima de la misma, estableciendo casi la mitad del barrio en suelo compacto y la otra mitad sobre el mar.

Por estar ubicado en la punta este de la ciudad, el barrio adquirió ese nombre y pasó a hacer parte de la comuna 5, con entrada al mar y salida a la carretera principal. El barrio continuó creciendo conforme más personas llegaban desplazadas de Yurumanguí, a causa de la violencia que comenzó a vivir la comunidad desde inicios de la década del 70.

Con el paso del tiempo, y la llegada constante de nuevos habitantes las prácticas culturales del lugar de origen se fueron combinando con el estilo de vida urbano en un barrio que se convirtió en un pequeño Yurumanguí. Así, Alba Aramburo comenzó a gestar un proceso artístico hasta fundar un grupo musical de canto y danza en 1993, año en el que ella misma se encargaría de enseñar y liderar la puesta en escena de la danza del matachín, dada la imposibilidad de viajar en Semana Santa hasta la tierra natal.

A mí, de Punta del Este, me llevaban bailando al coliseo a pata limpia y regresaba a Punta del Este bailando. Cuando un día Alba me dijo: “¿por qué nosotras no presentamos los matachines? Y ahí empezamos

nosotras a enseñarlo a ellos. Yo bailaba con todos estos muchachos cuando llovía, ellos no escuchaban los gritos y ellos nos daban ánimo. Y cuando ya empezábamos a bailar si nosotras sacábamos el pie derecho, ellos sacaban el pie izquierdo, entonces les decía: “cuando yo saque el derecho ustedes también van a sacar el derecho y cuando saque la izquierdo ustedes también me van a sacar la izquierda” y así seguimos con los muchachos hasta que quedamos en que nosotras no necesitábamos enseñarles a bailar porque ellos ya se sabían los pasos [...] Ahí aprendieron el matachín hasta que murieron y ese era el sueño que ellos tenían. Que ellos tenían que salir adelante con el matachín (Entrevista a Regina Valencia, septiembre 12 de 2019).

Alrededor de la danza también se daban procesos de enseñanza del canto, del toque del tambor y otros instrumentos del Pacífico, de la elaboración de las máscaras, de los trajes con palmas de plátano, así como del biche, bebida que comenzaron a comercializar ampliamente en la ciudad y, sin el cual, no se hace la danza, pues cada matachín lleva su botella para beber y compartirla con la comunidad.

La danza de los matachines y el fútbol

La Semana Santa, para el caso de los creyentes en la fe católica, es una expresión religiosa que da cuenta de la pugna entre el bien y el mal, entre la vida y la muerte, y que al final da un mensaje de esperanza y vida. De igual forma se podría ver la danza de los matachines y en consecuencia las conmemoraciones, pues en ella se representa una pugna entre el bien y el mal. Pero además es un espacio de esperanza que se convierte en una de las vías posibles para hacerse presente ante un gobierno y una sociedad que niega

la realidad de violencia, de inequidad y de discriminación
(Centro Nacional de Memoria Histórica, 2016: 386).



AMÉRICA. / Fotografía: Jorge Bautista. Abril 19 de 2017

Fotografía de Jorge Bautista. Cierre de Semana Santa en Punta del Este,
2017.

La danza de los matachines tiene un origen religioso. Durante la Semana Santa, los manacillos, como se conocen originalmente, representan a los soldados que apresaron y colaboraron con la muerte de Jesucristo. Se visten con máscaras y hojas de plátano, construyen una tienda que es como su hogar y salen con látigos a golpear a la comunidad en busca de Jesús. Entre miércoles y jueves santo, se construye la casa de los matachines, se preparan. La noche del jueves, se realiza la soledad de la Virgen María, que consiste en la llegada de las ánimas solas, que son almas pidiendo justicia. Ese día se realiza la primera procesión, con sábanas blancas cubriendo el cuerpo. En Yurumanguí las ánimas solas salían directamente del cementerio, detrás de ellas van las mujeres con velas y cantos.

El viernes santo, a la media noche, se hace el primer repique, un toque de tambores que anuncia la primera salida de los matachines. Ese día se hace la procesión del sepulcro una vez salen los matachines. “¡Muerte a Dios! ¡Vida a Barrabás!”, gritan los matachines [mientras animan y acompañan la procesión]. (Entrevista a Regina Valencia, septiembre 12 de 2019). Entre el sábado y el domingo se realiza la danza de los matachines, donde el bien y el mal, representados por niños y niñas y, por los manacillos, respectivamente, se disputan el altar.



Fotografía de Jorge Bautista. Preparación para la celebración de las ánimas solas, marzo de 2017.

Entre 1993 y 2005 la danza de los matachines se constituyó en una práctica fundamental para la comunidad de Punta del Este. Las madres, que nunca dejaron de participar, se la heredaron a sus hijos, quienes la aprendieron, apropiaron e integraron a su proyecto de vida. En este mismo

tiempo llegó a la cúspide del fútbol nacional Adolfo Valencia, conocido como el Tren Valencia, familiar de los jóvenes y ejemplo a seguir para la mayoría de ellos. Es el caso de Piro (Manuel Concepción Rentería), hijo de Regina Valencia, Prici (Carlos Arbey Valencia García), hermano de Jefferson Rentería Valencia y Kinki (Rubén Darío Valencia Aramburo), hijo de Bolivia Aramburo, amigos de barrio y que, entre sus sueños para salir adelante estaba el fútbol y los matachines.



Fotografía de Jorge Bautista. Cierre de Semana Santa en Punta del Este, 2017.

Kinki, Prici y Piro eran tres primos, todos hijos de la familia Valencia Aramburo, tenían 18, 17 y 16 años, respectivamente, trabajaban de día y estudiaban el bachillerato de noche. Para ellos, el comerciante cultural, traído por su abuelo desde Yurumanguí, se traducía en el establecimiento de prácticas de solidaridad en el barrio y en el respeto de las tradiciones,

buscando en ellas una fuente de desarrollo económico para toda la comunidad.

La vida colectiva del barrio transcurre en la cancha de Fútbol, que es el centro y acceso al mismo, razón por la cual la comunidad comenzó a establecer una serie de acuerdos sobre sus usos sin intermediación del Estado ni de privados, proyecto que apenas comenzaba y que fue profundamente afectado por la masacre. Los acuerdos sobre el uso y aprovechamiento del único espacio colectivo del barrio, comenzaron a construirse de forma esporádica conforme el mismo barrio se construyó, constituyéndolo como un espacio de gran importancia para la vida cotidiana de sus habitantes, así como centro del intercambio tanto comercial como cultural, debido al establecimiento de locales comerciales, celebraciones, encuentros deportivos y demás.

Nosotros nos morimos y ellos tienen que quedar con esa cultura. Como los abuelos de nosotros murieron [y] nosotros quedamos con eso, porque no lo podemos dejar perder. Los matachines son una tradición de unión. [...] En Semana Santa en la Junta de Yurumanguí, donde usted llega y estaban sirviendo la mesa, de ahí no lo dejaban ir (Entrevista a Regina Valencia, septiembre 12 de 2019).

Rubén Darío, conocido como Kinki, era el segundo de los doce hijos de Bolivia Aramburo y Adriano Valencia, quienes se conocieron en Yurumanguí luego de que ella se radicara en Punta del Este. Él la siguió hasta Buenaventura, donde establecieron un hogar. Kinki era un muchacho alegre, muy amigüero y carismático que, desde pequeño, lideraba a sus amigos para jugar y pescar. Tenía 18 años y era conocido por su gusto por la música urbana, específicamente por Tego Calderón, por ser entregado al fútbol y a su familia.

Ya pasando el tiempo, estaba en la escuela con sus amigos [y] llegaban a casa, hacían comida y a jugar ese bendito fútbol. Comida, eso era, recogían plata o se iban a pescar. Recogían pescado y preparaban en mi casa. Un día en mi casa, otro día en la casa de otras y así, ellos mismo

cocinaban y pescaban. [...] Y me dijo: “yo por eso tengo que seguir adelante con el fútbol, para hacerle una casa grande para yo vivir con todos mis hermanos”.

A Kinki le gustaba el pescado, pero más que todo el arroz con fríjol, porque el pescado para Kinki tenía que ser un pescado grande y ¡sí que le gustaba pescar a ese muchacho! Me traía ollas de pescaditos pequeños, pero él era afanado por los fríjoles, arroz con fríjol y huevo [...] También le gustaba su comida de campo. Le gustaba mucho su tapado, eso era plátano, papa, chontaduro, también llevaba el pescado, cuando pescaba, pero eso a mí me asustaba, porque venía la noche pescando. Pero es que en ese entonces no estaba la violencia así, uno a los 12 años no sabía qué era la violencia y a esa edad era que uno era inquieto y así iba pasando el tiempo (Intervención de Bolivia Aramburo, grupo focal, septiembre 12 de 2019).

Vestía casi siempre de color azul y amarillo. Su madre lo recuerda como un joven de rasgos faciales gruesos, Kinki aprendió rápidamente la danza de los matachines y lideró una de las transformaciones más importantes de la práctica, cuando en la última Semana Santa salieron por primera vez del barrio luego de recorrerlo y bloquearon la avenida principal con una cuerda para llamar la atención de los conductores y danzar, proceso que luego sería retomado en el 2008 por las madres como acto de protesta.

Ellos amaban mucho los matachines. Esos matachines. Mire que en la Semana Santa, la última Semana Santa que ellos hicieron, estos muchachos, movieron a Buenaventura, porque ya cuando recorrieron el barrio el domingo de resucito, como uno dice, salieron [del barrio] con un cabo, lo que nunca habían hecho. Salieron con un cabo y se pasaron a la autopista, a cantar en la autopista y a bailar matachines. Eso les llamaba mucho la atención a los conductores, que nunca habían visto un juego de esos, con ese disfraz, entonces se atravesaban el cabo y les bailaban unas manos. Un cabo es de autopista a autopista, así es como

se hace tranca y llegaban los conductores, les bailaban y así recogían plata [...] Ya no jugaron más. Esa fue la última vez (Intervención de Bolivia Aramburo, grupo focal, septiembre 12 de 2019).

Manuel Concepción Rentería Valencia, conocido como Piro y de 16 años, hacía parte del grupo de los matachines, pero, debido a una enfermedad, no pudo participar de la danza esa Semana Santa anterior a la masacre. Era el hijo menor de los 14 de Regina Valencia, prima hermana de Bolivia y del Tren Valencia, la partera del barrio y actual líder tanto de la danza de los matachines, como de las conmemoraciones realizadas de la mascare de Punta del Este. Regina recuerda a su hijo como un joven pequeño y gordito, que nació el 11 de septiembre de 1989 luego de que ella se encerró en un cuarto y lo parió sola.

El color favorito de Piro era el negro. Era conocido por su desorden, pero también por su alegría y el cariño que tenía por sus compañeros. Cuando tenía 16 años contrajo hepatitis, lo que lo dejó hospitalizado.

La última Semana Santa él no pudo jugar en matachines porque se puso amarillo y la orina amarilla y le dio hepatitis y estaba hospitalizado, pero cuando ya se mejoró el médico me dice que yo lo iba a ir viendo, que porque habían unos que quedaban bien y otros más que quedaban sufriendo de la memoria (Entrevista a Regina Valencia, septiembre 12 de 2019).

Manuel Moises Aramburo, hermano mayor de Piro, conocido como El Brujo, es el presidente actual de la Junta de Acción Comunal del barrio y el encargado de la elaboración de las máscaras de los matachines, lo recuerda vestido de pantaloneta azul y camiseta amarilla, siempre jugando fútbol junto con Prisi y Kinki. Su padre le decía de cariño Pirulito, nombre que se convirtió en el apodo de Piro. Aun enfermo y pese a la prohibición de salir de su casa, se fue a acompañar a sus amigos al supuesto partido de fútbol en Dagua con la esperanza de juntar algo de dinero para ayudar a su madre con el pago de los medicamentos.

Ellos decían que tenían que salir adelante con el fútbol y el matachín y “va a ver cómo va a vivir como una reina”, [me decía]. Él tenía 16 años y tenía como 8 días de haberlo sacado del hospital, cuando salió el partido, pero cuando él vio que se subió Pedro Luis [a la moto], porque la casa estaba ahí cerquita [a la cancha donde estaban recogiendo a los jóvenes], disque le dijo: “amigo, ¿usted me lleva?” Y que se le queda mirando con su vista amarilla, entonces mi tía le dice: “no vaya porque usted está enfermo” Y él le dice: “pero es que desde que salí del hospital mi mamá no me deja salir de la casa y mi mamá todavía no me ha comprado el medicamento porque no tiene plata. Si esos muchachos ganan ellos me dan para que mi mamá me compre el medicamento”. Estaba muy entusiasmado que si ganaban le daban sus dos pesitos, pero yo no pensé que fuera la muerte para él. Lo que yo pensaba era que mi hijo no se podía tropezar por la herida que tenía, que no llevaba ni ocho días. Eran un año y seis meses para recuperarse y esa gente no tuvo compasión, mataron a mi hijo con el medicamento en el bolsillo. Él se llevó dos pastillas en el bolsillo que le tocaba tomar, entonces yo quedé con un dolor que yo no sé, pero eso sí, lo que yo digo que esa última sangre que yo derrame, yo voy a ir reclamando esa sangre, me voy a morir reclamando esa sangre, porque mientras yo esté viva no voy a dejar de pelear (Entrevista a Regina Valencia, septiembre 12 de 2019).

Carlos Harvey Valencia, llamado Prisi, a diferencia de Kinki y Piro, había crecido en la costa, pero cuando su abuela y tía se asentaron en el barrio, le pidieron a su madre que dejaran a Prisi vivir con ellas, dado que no tenían más compañía. Rápidamente se integró con los otros jóvenes del barrio, haciendo amistades a través de los juegos y, posteriormente, con su ingreso al grupo de matachines. Luego, sus hermanos también fueron llegando a Buenaventura, como es el caso de Jefferson Rentería, su hermano mayor.

En ese entonces había un jueguito muy chévere que lo hacíamos en el barrio. Se llamaba batazo. Con un bolillo y un balón le dábamos bate al

balón y había una persona encargada de ir a recogerlo donde cayera. En ese entonces las casas eran altísimas, el barrio no era tan lleno, pero si uno quería que el compañero se demorara trayendo el balón se lo mandaba para detrás de las casas [y] hasta que no ponchara alguno, no podía dejar de perseguir el balón. Ese era el juego de la gallada de nosotros. Él era el más mayorcito de todos. Ese era el juego que hacíamos aparte de jugar fútbol. Las generaciones de ahora ya no lo juegan. No me acuerdo en qué año llegó, desconozco la fecha. [...] No sé con quién llegó, la verdad creo que la abuela lo manda a pedir para que venga acá, a Buenaventura. El apodo de él era Prisi. Él vivía en ese entonces con mi abuelita y una tía. El nombre completo de él era Carlos Albeiro Valencia García, él era amigo de Kinki y Piru (Entrevista a Jefferson Rentería, marzo 17 de 2019).

Lo más importante en la vida de Prisi fue la posibilidad de ser futbolista y, a pesar de tener otros juegos como el batazo, fue este deporte el que se mantuvo en el tiempo, al punto de que Jefferson hoy lidera la escuela de fútbol del barrio, en memoria de su hermano, pero también para no dejar morir la ilusión de que con el deporte es posible salir adelante. Su liderazgo se ha articulado con el de Bolivia y Regina con el fin de establecer un ejercicio conmemorativo constante, donde el fútbol y la danza sean vehículos de unión, progreso, memoria y denuncia de la impunidad.

La conmemoración

Las conmemoraciones como actos rituales son un medio privilegiado para relatar los sucesos como trauma vivido y alcanzar tanto la extensión simbólica como la identificación emocional fuera de su grupo (Jimeno, Varela y Castillo, 2015: 106).

En el 2005 la práctica del fútbol y la danza de los matachines se transformaron, pasando de ser procesos aislados, ya que cada uno representaba, por su lado, opciones de vida y progreso para los jóvenes, a volverse un mismo proceso conmemorativo que, al interior del barrio, ha contribuido a tramitar el dolor de las familias causado por la masacre, mientras que afuera de este, ha fomentado la articulación de varias organizaciones artísticas y culturales de la ciudad. Ellas han interpretado la masacre como un golpe a toda la juventud de Buenaventura y han buscado sacar la conmemoración del barrio, realizando actos de protesta que propician la creación de una comunidad de sentido para compartir los símbolos de la memoria de los jóvenes, exigiendo al Estado justicia y reparación.

En aquella Semana Santa de 2005, la última en la que participaron los jóvenes, decidieron sacar la danza del barrio y bloquear la avenida principal, demostrando lo llamativa y poderosa que podría ser para el resto de la ciudad. Las madres quedaron impresionadas con el impacto que causaba en los transeúntes y, por eso, lo transformaron en un mecanismo para llamar la atención de la ciudad durante los once años consecutivos en los que han realizado la conmemoración. Así, se evidenció el potencial que tenía esta práctica de origen religioso para levantar y magnificar la voz de protesta.



Fotografía de Jorge Bautista. Conmemoración. Símbolos del mándala, 2019.

La siguiente transformación de la danza de los Matachines sucedió durante el velorio de los jóvenes realizado en el barrio, cuando las familias, principalmente hermanos y primos de los jóvenes asesinados, de forma espontánea, sacaron las máscaras y danzaron, tomando conciencia de la segunda dimensión de la danza de los matachines: su poder sanador y catártico. Con eso volvieron sobre el dolor sentido, convirtieron la tristeza en fuerza y despojaron a la danza de su contenido religioso para convertirla en un símbolo de dignidad y en un acto de memoria.

Descubrir el potencial de la danza de los matachines para llamar la atención transmitiendo un mensaje y sanar el dolor de las familias de los jóvenes, se constituyó en un paso fundamental, para la formulación de lo que dos años después sería la conmemoración de la mascare, que desde su inicio ha tenido como elementos centrales la danza y el fútbol.

La cancha de fútbol no fue usada durante los dos años siguientes a la masacre ni para la práctica de este deporte, ni para la danza de los matachines. La fractura que propició dicho acto no pudo ser tramitada, el barrio quedó en silencio, la violencia se disparó, mientras el proceso jurídico parecía que nunca avanzaría. El ambiente de desolación no solo cubrió al barrio y a la comuna 5, sino a toda la ciudad. En 2008 las madres, en compañía de varias organizaciones sociales de Buenaventura, comenzaron un proceso de memoria y conmemoración, en el cual, hasta la actualidad, nunca han faltado dos elementos: el fútbol y el matachín.

Yo creo que hay dos cosas fundamentales que hemos aprendido en todo este proceso y es que la cultura [...] el arte y el deporte es una estrategia que nos permite unirnos y que no hemos sabido aprovechar, digamos, esas prácticas que unen a la comunidad. Y yo creo que la danza de los matachines es fundamental, el deporte es fundamental, lo audiovisual es fundamental, pasando por fotografía y el tema del arte. Cómo los muros hablan por sí solos, cómo la poesía permite que doña China, que doña Bolivia puedan contar cómo se sienten sin necesidad de sufrir, sino a partir de cómo tejer su realidad, que es a partir de la poesía, a partir del deporte. Cómo los jóvenes pueden decir: “yo apporto y este es el momento de conmemorar a mis hermanos, de representarlos jugando un partido de fútbol en esa fecha específica”. Cómo la comunidad se une a partir de la danza de los matachines organizándola, porque saben que los doce jóvenes practicaban esa danza.

Entonces cada años se hace eso para recordarlo y también como un acto de rebeldía comunitaria. Decir lo que sucedió para entonces, lo que tenemos que decir para sentirlos cerca es a partir de las prácticas culturales y yo creo que eso es de valorarlo y a eso es lo que hay que apuntarle, digamos a eso, no cuando sucede la conmemoración sino después de la conmemoración y es hacer un proceso de fortalecimiento en unas escuelas de fútbol, en escuelas de prácticas culturales a un

estado del arte, como decimos nosotros, a un diagnóstico en realidad que es lo que une a la comunidad, que lo decimos verbalmente pero no lo ponemos en práctica, entonces yo resalto el tema del arte como algo fundamental, digamos, el tema de las prácticas culturales (Entrevista a Víctor Angulo, abril 17 de 2019).

Las organizaciones sociales de Buenaventura han consolidado una red, con la que han apoyado en diferentes momentos los ejercicios conmemorativos del barrio Punta del Este, los cuales varían su dinámica cada año, a pesar de tener unos mínimos transversales. Desde que he tenido la oportunidad de acompañar el proceso, he observado la forma como la conmemoración ha configurado desde hace 12 años una serie de símbolos y prácticas que transforman los imaginarios de dolor y violencia, que la masacre fomento sobre elementos como el futbol y la misma cancha. Articulando a través de murales, fotografías, poesías, tradiciones religiosas, protestas, productos audiovisuales, radio y canto, al balón de fútbol y la máscara de los matachines, siendo esta una propuesta comunicativa y simbólica de cada conmemoración.



Fotografía de Jorge Bautista. Mural realizado durante la conmemoración de 2018.

Desde muy diversos lenguajes, la comunidad ha comenzado a fomentar la máscara y el balón como símbolos de alegría y resistencia, con el objetivo de que Buenaventura, en su totalidad, comprenda el suceso como un ataque a la juventud de la ciudad. Fomentando en la ciudad una identidad asociada a la danza y al fútbol, lo que les ha permitido crear vínculos de empatía, donde lo fundamental es que los habitantes de la región reconozcan que la masacre afectó dichas prácticas, siendo así un ataque a la identidad afro de la ciudad.



Fotografía de Jorge Bautista. Niño con máscara de matachín al final de la conmemoración de 2017.

Cada conmemoración es una reivindicación de los símbolos de la máscara y el balón como objetos de memoria, que al interior del barrio funcionan para sanar el dolor, mientras que para la ciudad es una forma de prevenir que estos hechos victimizantes vuelvan a ocurrir, fomentando de parte de los habitantes del barrio la solidaridad de toda la ciudad.

En la actualidad, las conmemoraciones de la masacre giran alrededor de un partido de fútbol en el día y de la danza de los matachines en la noche, sea o no Semana Santa, la danza siempre está presente. Las conmemoraciones acompañadas han tenido dos dimensiones: una privada donde al interior del barrio se comparten historias, se llora y, desde la música, exposición fotográficas, la poesía, proyección de videos y la elaboración de murales se va contando lo sucedido, propiciando encuentros en la comunidad que se prepara desde la elaboración de los alimentos, del biche, la preparación de las máscaras y vestidos, los entrenamientos de fútbol y demás, lo cual solo se vive cada año, las madres siempre rescatan que para ellas durante esos días es como si volvieran a estar en Yurumanguí, la segunda dimensión se compone de apuestas artísticas que salen del barrio a la avenida y/o alcaldía, bloqueando con partidos de Fútbol las vías, realizando plantones sin la presencia de la danza de los matachines.



Fotografía de Santiago Castro. Partido de fútbol en la avenida principal, 2018.

Las conmemoraciones, aunque no han tenido efectos reales sobre el estado jurídico del caso, ni tampoco han mejorado las condiciones materiales de vida de las madres y jóvenes del barrio, sí han rescatado las prácticas culturales transformadas por la masacre. Lo interesante no es solo su rescate, sino cómo dos procesos de naturalezas muy distintas se ponen al servicio de la sanación de la comunidad, la preservación de su cultura el desarrollo y sostenimiento de saberes ancestrales.

La preservación de la danza de los matachines ha significado también la transmisión de saberes no solo orientados a la preparación de bebidas como el biche, sino también a las creencias profundas de la muerte como un paso más de la vida, así como las prácticas de creación de máscaras, producción y entonación de cantos tradicionales, así como la construcción misma de instrumentos musicales.

Con muchas dificultades, las familias buscan que el barrio se mantenga como la pequeña Yurumanguí que fue, proceso que hoy en día solo se evidencia durante las conmemoraciones, razón por la cual la comunidad y las diferentes organizaciones tratan de que cada 19 de octubre se realicen acciones, así sean pequeñas, donde la unión y la alegría que traen consigo la danza y el fútbol se vuelva a vivir.

El reto que afronta la comunidad es lograr que la conmemoración deje de ser un evento anual y sea parte de la cotidianidad del barrio, es decir que la danza y práctica del fútbol puedan ser prácticas constantes, mientras esperan el fallo definitivo de la demanda que interpusieron al Estado.

FÚTBOL Y DANZA EN MEDIO DE LA GUERRA



Fotografía de Jorge Bautista. Protectores del altar, abril de 2019.

Sí, yo creo que es un efecto negativo [para] toda la ciudad, porque no solamente afecta a Punta del Este, sino también al Distrito de Buenaventura en términos de una afectación emocional y de una ruptura de las prácticas culturales que relacionaban a las comunidades afro. Como tal, lo que hace es crear un ambiente de incertidumbre y desconfianza, un ambiente hostil en la comunidad que nos pone a desconfiar unos de los otros. Que eso es fundamental, porque, digamos, eso en nuestra comunidad eso no se veía. Porque nosotros nos saludábamos más allá de conocernos o no y con la masacre y otros hechos que han ocurrido lo que se hizo fue romper con esos patrones culturales que nos puso a desconfiar de cualquier persona externa o conocida en la comunidad (Entrevista a Víctor Angulo, abril 17 de 2019)

Prácticas como jugar fútbol y danzar se convirtieron en objetivos militares en aquellos lugares estratégicos en el país en donde los actores armados necesitaban desestructurar a la comunidad y lo hicieron rompiendo o imposibilitando las prácticas culturales que eran bienes comunes y que, por lo tanto, se escapaban a todo tipo de control externo. En Punta del Este, como en muchas otras partes, dichas prácticas impedían la imposición del “orden cultural de la guerra”, al estar cimentadas sobre otras formas de relacionarse, intercambiar dones y buscar el bien colectivo en los espacios públicos habitados.

La violencia sobre las prácticas culturales tradicionales ha afectado el sentido que tienen para la comunidad, sean religiosos o deportivos, alterando las construcciones identitarias de la comunidad que, para este caso, esperaba ser una pequeña Yurumanguí en medio de la ciudad. En este contexto han emergido también una serie de prácticas de memoria que, a través de ejercicios conmemorativos, retoman las manifestaciones culturales afectadas, dotándolas de contenidos políticos a favor de la paz y la justicia, buscando crear comunidades de sentido más extensas en las que sea posible pensar la no repetición.

Gran parte de las masacres en el marco del conflicto armado colombiano se vivieron en canchas de fútbol, afectando la práctica del deporte como un proceso de integración, por ejemplo, en Pueblo Bello (Antioquia), Candelaria (Valle del Cauca), Roldanillo (Valle del Cauca), el Salado (Bolívar), entre muchas otras poblaciones, sus habitantes recuerdan cómo las barbaridades del conflicto se extendieron a las canchas de fútbol. La sevicia llegó a tal grado que, en 1997, un grupo de paramilitares comandados por alias “El Alemán” jugaron fútbol con la cabeza Marino López, un agricultor de Bijao en la región de Cacarica (Chocó), señalado por sus victimarios como guerrillero. Por otro lado, la danza y las expresiones carnavalescas aunque han sido reprimidas por los diferentes actores armados, también han

demostrado las potencialidades que tienen para resguardar y transmitir tradiciones culturales, convirtiéndose en una forma de memoria.

A continuación, abordo el contexto general de la ciudad de Buenaventura y los intereses geoeconómicos que la disputan, contexto que sirve para comprender el porqué de la masacre, para luego explorar las afectaciones provocadas a las prácticas culturales y a los bienes comunes en el marco de la masacre. Por último, exploro las repercusiones que han tenido las conmemoraciones y sus efectos en la ciudad.

El conflicto armado en Colombia y en Buenaventura

El epicentro de violencia que se ha generado en Buenaventura es a través del territorio. Como base de eso se ha sembrado el terror para que sus nativos emigren hacia otros lugares, el cual se les puedan dejar esos espacios a las multinacionales y a los grandes dueños del poder. [...] Teníamos desapariciones, llegó la guerrilla, después llegaron los paramilitares, poco tiempo después llegaron las bacrim, que son los mismos paramilitares y entonces toda la explicación es el territorio (Entrevista a Deyner Mestizo, octubre 13 de 2017)

Conforme han avanzado diferentes procesos de paz, siendo el más reciente el adelantado entre el gobierno del expresidente Santos y la guerrilla de las FARC que culminó con la firma del Acuerdo para la Terminación Definitiva del Conflicto en 2016, comienzan a aflorar nuevas narrativas que amplían las perspectivas bajo las cuales se han entendido tradicionalmente los orígenes, dinámicas e impactos, al tiempo que desentrañan los múltiples procesos de resistencia, memoria, perdón y reconciliación que se han propiciado desde las comunidades como respuesta a la violencia. En este marco ha sido evidente que ni las artes ni el deporte han sido ajenos a la guerra, siendo estos, en sus

muy diversas manifestaciones, prácticamente innatas a la existencia en sociedad del ser humano y, por ende, transversales en todos los territorios, aun en un país tan diverso culturalmente como Colombia.

De acuerdo con el Observatorio de Memoria y Conflicto del CNMH, entre 1958 y 2018 el conflicto armado más antiguo de América Latina ha dejado un saldo de 261.619 víctimas fatales, de las cuales, el 80% hacía parte de la población civil no combatiente (Centro Nacional de Memoria Histórica, s.f.). Se trata de un conflicto cambiante, fragmentado, regionalmente diverso, ambiguo y profundamente degradado, con una violencia de alta frecuencia y baja intensidad (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2013), que ha causado daños y afectaciones físicas, económicas, sociales, culturales y psicológicas diferenciadas.

La violencia contra la población civil en el conflicto armado interno se ha distinguido por la sucesión cotidiana de eventos de pequeña escala (asesinatos selectivos, desapariciones forzosas, masacres con menos de seis víctimas, secuestros, violencia sexual, minas antipersonales) dentro de una estrategia de guerra que, deliberadamente apuesta por asegurar el control a nivel local, pero reduciendo la visibilidad de su accionar en el ámbito nacional. En efecto, los actores armados se valieron tanto de la dosificación de la violencia como de la dosificación de la sevicia, esta última en particular en el caso de los paramilitares como recurso para aterrorizar y someter a las poblaciones. Esta dinámica, que constituyó el grueso de la violencia vivida en las regiones, fue escasamente visible en el plano nacional, lo que muestra la eficacia del cálculo inicial de los perpetradores de eludir la responsabilidad de sus fechorías frente a la opinión pública y frente a la acción judicial.

Desentrañar las lógicas de la violencia contra la población civil es desentrañar también lógicas más amplias de la guerra: el control de territorios y el despojo de tierras, el dominio político electoral de una zona, la apropiación de recursos legales o ilegales. La victimización de las

comunidades ha sido un objetivo en sí mismo, pero también ha sido parte de designios criminales más amplios de los actores de la guerra (Sánchez, 2013: 15).

El Distrito Especial de Buenaventura se encuentra ubicado en el departamento de Valle del Cauca, en la región del pacífico sur colombiano, tiene una localización geoestratégica, que lo **hA** convertido en el principal puerto marítimo del país sobre el océano Pacífico. A esto se suman sus riquezas ambientales y culturales, haciendo de esta región una de las más importantes del país (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2015).

Su importancia estratégica para la entrada y salida de mercancías legales e ilegales, así como para la explotación de recursos propició que fuera una de las regiones más afectadas por el conflicto armado. Hoy diversos grupos continúan disputándose militarmente el control del puerto. El dinero que recuda el puerto en aduana contrasta con los muy elevados índices de pobreza en los que viven las comunas aledañas a él, muchas de las cuales se han construido como asentamientos de familias desplazadas provenientes de las zonas rurales del departamento.

Con el cambio de milenio la población de Buenaventura en el Pacífico colombiano empezó a sufrir uno de los conflictos armados más intensos y degradados del país. En el periodo 2000 a 2004 la guerrilla de las FARC, que tenía presencia en el territorio, emprende una escalada de sus acciones armadas y junto con la incursión de los paramilitares del Bloque Calima en el año 2000 se disparan casi todos los indicadores de violencia en el municipio (masacres, homicidios, asesinatos selectivos, secuestros y desplazamientos forzados).

En el periodo comprendido entre 2005 y 2013 posterior al acuerdo de desmovilización establecido entre el Bloque Calima y el gobierno nacional en diciembre de 2004, la espiral de la disputa armada que se desarrolla en el territorio escaló, aumentando el número de GAI (grupos

armados ilegales) en disputa, la mutación y ambigüedad de sus identidades y la degradación en la ejecución de los repertorios de violencia. En este periodo la sevicia y la tortura se consolidan como prácticas regulares de la confrontación dando lugar a la perpetuación de desmembramientos humanos y al surgimiento de lugares de terror, como las denominadas “casas de pique” (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2015: 15-16).

La dinámica actual de un conflicto armado que en el puerto de Buenaventura presenta incrementos en el número de hechos violentos, en la magnitud de víctimas y en el número de GAI (grupos armados ilegales) en disputa, así como una mayor degradación en los repertorios de victimización utilizados (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2015: 25).

Muchos de los barrios de Buenaventura son fruto de oleadas de desplazamiento que sucedieron entre las décadas de 1960 y 1970, cuando en busca de condiciones de vida digna, muchas familias de las zonas rurales de la región se asentaban en la ciudad, como vimos anteriormente.. Con los años, los diferentes proyectos económicos relacionados con el puerto quisieron desestructurar los barrios aledaños y apropiarse de estos territorios para tener un control total sobre el muelle y las vías de entrada y salida.

Digamos que hay dos hechos o lo que dice la gente es un tema más de apropiación territorial, porque hay una intención en la comuna 5, porque es un sector estratégico para las exportaciones del muelle, para las construcciones de terminales de muelles. Entonces, digamos que algunas personas lo que manifiestan es que es un desplazamiento del territorio para construir megaproyectos en la obra y en el territorio. La otra es a partir de como también enviaron mensajes, porque se sabía que en el 2005 estaban los grupos armados, los paramilitares y en se momento querían entrar lo que era la guerrilla a Buenaventura y lo que se presume es que también están enviando un mensaje a la guerrilla: “que tenemos

el control del territorio”, “que somos los que mandamos” [...] [y ahí es cuando] se hace esa masacre de Punta del Este (Entrevista a Víctor Angulo, abril 17 de 2019).

Lo anterior propició que el Estado le diera la espalda al desarrollo cultural y social de la comunidad, mientras se priorizaron los intereses económicos de empresas privadas muchas de ellas extranjeras, en lo que ha sido denominado el puerto más importante del país. La ausencia Estatal, combinada con la intención de ejercer control territorial por parte de actores armados ilegales, sobre el área de influencia del puerto dejó a la comunidad desprotegida frente al accionar de los diferentes grupos armados.

A la situación de vulnerabilidad y discriminación que se encuentra presente en el caso de los doce jóvenes del Barrio Punta del Este, en Buenaventura, [...] se suma la violencia producto del conflicto armado interno. Las dinámicas del conflicto armado en Buenaventura, ya analizadas, marcaron la cotidianidad de la comunidad de Punta del Este y rodearon el escenario de la ejecución de los doce jóvenes, al tiempo que incidieron en las condiciones para la búsqueda de satisfacción de las familias en su derecho a la justicia (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2016: 302).

La situación de violencia que se vivía en la ciudad de Buenaventura, la cual aún persiste, es agravada por la corrupción, la estigmatización de las comunidades afrodescendientes, la falta de recursos económicos y de programas para el desarrollo integral de la población, entre muchos otros factores, que ambientaron la llegada de los grupos armados y posibilitaron su instauración, mientras en la comunidad se profundizaban las brechas sociales y económicas.



Fotografía de Jorge Bautista. Mural elaborado con anterioridad a la Semana Santa de 2019.

La masacre perpetrada por grupos paramilitares el 19 de abril de 2005 en Punta del Este era la continuación de una oleada de violencia ejercida en barrios y sectores que se rumoraba entre habitantes e instituciones como la policía, tenían una fuerte influencia guerrillera. Sobre Punta del Este se afirmaba que operaban estructuras urbanas de las FARC, señalamiento que nunca fue demostrado.



Fotografía de Jorge Bautista. Casas palafíticas en el barrio Punta del Este, abril de 2019.

Prácticas culturales y afectaciones a los bienes comunes en medio del conflicto armado

El ataque al barrio Punta del Este, como expuse con anterioridad, no fue azaroso y estaba relacionado con un proyecto de posicionamiento y control territorial de los grupos paramilitares post desmovilización de las vías de acceso al puerto y el territorio aledaño. Tampoco fue azaroso el ataque a las particulares culturales y deportivas de esta comunidad que llegó de la región de Yurumanguí, que poco a poco, establecía en la cancha de fútbol del barrio una nueva forma de habitar, de apropiarse de manera comunitaria el espacio público, mezclada con una serie de “comercios culturales”, como la danza de los matachines y la práctica deportiva.

El desplazamiento al casco urbano de Buenaventura y el posterior asentamiento en el barrio trajeron consigo toda una dinámica económica nueva, donde tanto jóvenes como mujeres debieron asumir junto con sus esposos, las responsabilidades de buscar fuentes de ingreso, a la par de que construían el barrio, con tierra y madera. Trabajo que contribuyó a la construcción de un tejido social, fruto del cual se consolidó hace más de 40 años el barrio con altos índices de exclusión social y precariedad en la satisfacción de necesidades básicas, así como en el ejercicio de los derechos.

Además de los roles económicos asumidos por las mujeres, en la comunidad la mujer adulta representa fuente de estabilidad, autoridad y sustento, así como la garantía de la preservación de tradiciones culturales, como es el caso de la Danza de los Matachines o Manacillo, una de las fiestas más representativas de Juntas de Yurumanguí y que se constituyó en una práctica cultural central en el proceso de recuperación de la comunidad. Por la falta de recursos para viajar a su lugar de origen y participar de sus fiestas, las mujeres organizaron en el barrio la realización de “La Danza de los Matachines”, baile que ha sido transmitido de generación en generación por las mujeres mayores y que se celebra durante la semana santa. Las personas de Punta del Este describen este baile como una danza ancestral que combina la tradición católica con los cantos, bailes e instrumentos del pueblo afro descendiente. (Monzón & Córdoba, 2016).



Fotografía por: Jorge Bautista, Proceso de elaboración máscaras, hermano mayor de Piro; abril 2019.

Los procesos de afectación, transformación, creación y exterminio de prácticas culturales asociadas a la danza y al fútbol a causa de la guerra, se han vivido de formas muy diferentes en diversos territorios del país, teniendo en común afectar varios elementos que han caracterizado la violencia cultural desplegada por los grupos armados, tales como la prohibición de espacios de encuentro comunitarios, la restricción de circulación por los espacios públicos, la limitación de liderazgos locales y el ahogo de proyectos de vida y/o desarrollo independientes.

Lo primero que ocasiono la masacre en Punta del Este fue la congelación total de la práctica del Fútbol y la Danza de los Matachines, siendo las dos únicas actividades que congregaban a la comunidad, lo que se logro fue evitar que la comunidad se reuniera, lo cual se ha vuelto una característica esencial en los ataques a poblaciones en el marco del conflicto armado. Tal como se vivió en la Sierra Nevada de Santa Martha donde sin ser el futbol un deporte característico de las comunidades indígenas, en especial la comunidad Wiwa, se lo apropió como estrategia para generar campeonatos de integración y por ende como una excusa para encontrarse entre los diferentes pueblos.

La lucha de los Wiwa, uno de los cuatro pueblos indígenas que habitan la Sierra Nevada de Santa Marta, por la defensa de los derechos de su comunidad y la estabilidad de la naturaleza, el territorio como víctima de la guerra, son el constante reclamo de esta población, que a causa del conflicto armado ha visto su territorio apropiado por una represa, se han tenido que desplazar y los lugares sagrados han sido invadidos por los grupos armados. Son un espejo en el que nadie quiere verse: el destino violento de ser indígena y estar en un territorio fértil para la guerra. Así el fútbol, a pesar de no ser algo ancestral en su cultura, ha sido apropiado por los jóvenes, y algunas comunidades menos tradicionales, para ser parte fundamental en la red de integración y comunicación que han establecido los Wiwa (Films, 2018).

El espacio entendido como una construcción social tiene una relación de interdependencia entre el lugar físico, las prácticas que se ejercen en el mismo y las personas que lo habitan, es por eso que más allá del futbol y los Matachines, fue la cancha la que quedó congelada en el tiempo siendo este el único espacio común del barrio y sobre el cual no se desplegaban intereses económicos o geo estrategias específicos. El interés en espacios comunes es un interés simbólico por destruir proyectos comunes, razón por la cual las canchas y parques centrales de los territorios se convirtieron en los lugares

preferidos para ejecutar masacres y demás violaciones a los derechos humanos.

El espacio público como espacio de libertad se convierte en una cicatriz territorial que evoca miedo y desconfianza en sus habitantes, casi siempre estas formas de violencia terminan prohibiendo o delimitando la circulación por estos espacios con toques de queda o pautas de uso impuestas casi siempre ajenas a la comunidad y como en el caso de Punta del Este, desconociendo la importancia de la calle como único espacio de socialización para formas de vida colectivas que en la ruralidad se tejen de forma más cercana y con fronteras más difusas entre lo público y lo privado.

La masacre freno totalmente las transformaciones territoriales que la comunidad se encontraba realizando en pro de hacer del barrio una pequeña Yurumanguí, más de dos años bastaron para que la cancha pudiera volver a ser usada y fue precisamente a través de los actos conmemorativos que el fútbol y los Matachines volvieron a salir a hacer uso de la cancha y por ende a volver a restablecer su dinámica cultural asociada a encuentros entre mujeres del barrio, producción y venta de Biche así como de otros productos asociados a la caña, con el tiempo los jóvenes volvieron a armar los arcos y a pintar las paredes de la cancha.

No solo era una afectación al territorio, sino también a sus habitantes, es por eso que la masacre se concentró en los jóvenes que se encontraban liderando los proyectos de integración de la comunidad, siendo además hijos de las líderes y fundadoras del barrio, la masacre fue también en este contexto un ataque a los liderazgos que surgían y que luchaban por recuperar los saberes ancestrales del pueblo afro, mientras buscaban en aquellos saberes formas de comercialización cultural que fueron en Yurumanguí promovidas por el abuelo de al menos 8 de los jóvenes, quien en palabras de sus hijas creía y definía esta práctica como la posibilidad de encontrar formas de vivir dignamente por medio de la transformación de los recursos naturales en productos que respetaran el medio ambiente, mantuvieran sus costumbres y

promovieran redes solidarias, en donde dones como la comida, la bebidas y el trabajo eran intercambiados bajo el principio de mantener el bien de toda la comunidad.

Esta definición de comercio cultural, muy cercana a lo que se ha denominado el intercambio de dones Márcell Mauss (2007) o, en este caso, de bienes comunes Elinor Ostrom (2000), permite entender que los liderazgos del barrio, se constituían como un peligro para los modelos de desarrollo económicos que se ciernen sobre el puerto, dado que ofrecían otras alternativas de vida con identidades y proyecciones diferentes a las que llevan al dinero fácil que ponen a los jóvenes a merced de los grupos armados para tareas asociadas al narcotráfico en diferentes escalas, así como a labores delictivas muy diversas.

El ataque directo al territorio, sus habitantes, líderes y lideresas y prácticas culturales que se desarrollan en él configura la idea compartida en Buenaventura de que los hechos ocurridos en Punta del Este eran, en realidad, una afectación a toda la ciudad. Para las organizaciones sociales, además, esta masacre es una muestra de la violencia cultural que se cierne sobre las comunidades afro en general.

La violencia que se fue replicando a lo largo y ancho del país durante el conflicto armado, provoco procesos de transformación cultural, donde se alteraron, desaparecieron e incluso nacieron nuevas prácticas, muchas de las cuales tienen ahora sentidos políticos más profundos, avanzando a partir de ejercicio de memoria histórica, en la consideración de la cultura como un bien común, que para el caso de Punta del Este puede llegar a constituirse como un proyecto colectivo más amplio alrededor de la exigencia de justicia y de condiciones de vida dignas.

Hubo tradiciones culturales históricas, que se crearon también en las mismas dinámicas locales, entre eso, fiestas religiosas con fuerte influencia de la iglesia católica y algunas prácticas culturales también propias desde la cultura afro, sobre todo, que son en la mayoría de la

ciudad y uno entendería que cuando llegó la violencia las afectó y se perdieron. Esa sería una primera cosa que hay que analizar y lo segundo sería aquellas prácticas que nacieron por el impacto de la violencia, como un mecanismo de resistencia a la misma violencia (Entrevista a Adriel Ruíz, octubre 12 de 2017).

De Yurumanguí a Buenaventura: una comunidad de sentido para toda la ciudad

Cierto que anocheció y ellos no regresaron,
Los buscaron por muchos barrios, no los pudieron encontrar,
Y como ya venía la noche les tocó que regresar.
Al otro día volvieron y con más seguridad,
Y llevaron el respaldo también de la autoridad.
La gente tuvo valor y otros estaban resueltos,
Y encontraron a los 11, pero ya se hallaban muertos.
Con engaños y mentiras se llevaron a esa gente,
Abusaron bruscamente de 11 jóvenes inocentes.
Así acabaron con ellos, organizaron su Oeste,
Dos muertos de Santa Cruz y nueve de Punta del Este.
Mucha gente se pregunta con tristeza y amargura,
Qué hicieron esos jóvenes para darle esa cruel tortura.
Cuáles fueron los motivos y quién los llevó de enojo,
Para darle ese maltrato de sacarle hasta los ojos.
Pelar su cuerpo con ácido como cosa del demonio,
Y llevarlos a tirar al estero San Antonio.
Once hombres irreconocibles que su cuerpo maltrataron,
Solo se identificaron con la ropa que llevaron.
Así entregaron los muertos a todos sus familiares,
Los acabaron lentamente con talentos criminales.

La historia es un vacío y hasta un largo recorrido,
Fuera de los once jóvenes se encontró un desconocido.
Les queda la soledad y tener la mente muda,
El amparo de las madres las que hoy se quedan viudas.
Resignación para todos y talento en esta zona,
De ustedes hoy se despiden estas doce personas.
Luis Mario García Valencia que hoy nos deja un gran dolor,
Pedro Luis Aramburo Cangá y Hugo Armando Mondragón.
Se despiden para siempre y se suplica sentencia,
Hoy se marcha de este mundo Rubén Darío Valencia.
El mundo es algo cruel, ni el más guapo lo resiste,
Se marcha Javier Segura y Rodolfo Valencia Benites.
Hoy en día todo esto es tristeza, ya no existe ni alegría,
Que descansa hoy en paz Manuel Concepción Rentería.
Roguemos hoy por tu alma y con espíritu mudo,
Adiós a Carlos Javier y a Manuel Jair Angulo.
Adiós para siempre amigos en esta tarde de verano,
Los despide el familiar y al buen Prisciliano.
Adiós a quienes lo adoraron con amor y simpatía,
Hoy despiden tristemente al joven Leonel García.
Toda confianza es perdida y no existe nada seguro,
Lo despiden para siempre hoy a Víctor Alfonzo Angulo.
La muerte no tiene escudo, ni tampoco tiene reme,
Entre los tantos difuntos les acompaña un N.N.

(Cuentero durante la acción conmemorativa del año 2010, frente a la Alcaldía
de Buenaventura.)

Durante las conmemoraciones son claras las formas como se han venido
construyendo para toda la ciudad una serie de sentidos compartidos, a través
del uso del fútbol y la danza de los matachines se ha difundido la versión de

las familias por toda la ciudad, la cual pese a las versiones de la alcaldía y la policía, ha optado por compartir la versión en la cual fue un ataque a toda la ciudad y fue en complicidad con las instituciones, versiones que son corroboradas en charlas informales con habitantes de la ciudad, comerciantes, transportadores y demás. Proceso que ha creado una serie de vínculos afectivos entre varias organizaciones de la ciudad que se han comprometido con las madres y jóvenes del barrio.

El acompañamiento constante y solidario de la población bonaverense con las personas del barrio, si bien ha posibilitado su continuación, no ha tenido efectos en dos dimensiones fundamentales: un cambio en las condiciones de vida de sus habitantes para mejorarlas y avances en el estado jurídico del caso. La falta de eficiencia de las comunidades de sentido en estas dos perspectivas fue lo que llevó a plantear la necesidad de superarlas y realizar de forma más constante intercambios que se traduzcan en tráficos culturales con incidencias políticas y jurídicas que, en últimas, transformen la cotidianidad del barrio.

A pesar de las declaraciones durante el primer proceso judicial de algunos jefes paramilitares desmovilizados, la masacre 14 años después continúa en la impunidad. Aún la justicia no ha logrado determinar la verdad sobre la razón por la cual fueron asesinados los doce jóvenes, esto, en un contexto de exclusión, estigmatización, precariedades económicas, escolares, de salud y educación que todavía están vigentes. El caso pareciera permanecer invisible en términos jurídicos. Hoy día se encuentra en un juzgado de la isla de San Andrés, sin que las familias tengan información clara sobre cómo avanzan las investigaciones.

En síntesis, en esta etapa de la investigación el Fiscal no determinó la totalidad de los responsables intelectuales y materiales; no se garantizó la participación de las familias y, por ende, no se resolvieron preguntas clave para ellas, como el móvil de la masacre, si los jóvenes habían sido torturados y cuál fue la participación de alias *Yuquita*. Esto pone de

manifiesto una clara oposición a los principios de exhaustividad y de efectividad, y los derechos de las víctimas a la verdad, a la justicia y a la reparación (Corte Constitucional, 2002, abril 3, Sentencia C-228/02), los cuales deben guiar la acción de la Fiscalía (CP, 1991, artículo 250) así como todas las investigaciones de graves violaciones de derechos humanos. Al final de la etapa de documentación de este caso, se tuvo contacto con el fiscal a cargo de la investigación y se conoció que estaría próxima la vinculación, como presunto partícipe en la masacre, de alias *Yuquita* (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2016: 379).

Para las familias el esclarecimiento de la verdad significa, a nivel personal y comunitario, la dignificación del nombre de los jóvenes asesinados. Pese a que el buen nombre de los jóvenes es una verdad conocida por ellas como familias, es imperativo que este conocimiento sea publicitado por los entes que reconocen como legítimos, ya que han sido el gobierno regional, la fuerza pública y los medios informativos los que han señalado a los jóvenes de tener nexos con grupos armados al margen de la ley (guerrilla), argumento con el que se ha tendido a justificar la masacre (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2016: 354).

De forma esporádica y un poco escueta, las familias organizadoras de las conmemoraciones ha entendido que no es suficiente la extensión simbólica de lo vivido ni la vinculación emocional de la audiencia con el mismo, lo que llevó a reconocer dos necesidades: fomentar intercambios con otros procesos organizativos similares de otros lugares del país y la realización de un proceso más constante que no se quede en un evento anual, lo que para este caso, significó la realización de acciones mensuales.

DOCE DISPAROS A GOL



Fotografía de Jorge Bautista. Buenaventura, abril 19 de 2017.

Entre la cortina de polvo vienen 12 hombres que intimidan con máscaras de madera y castigan con un látigo a los desprevenidos que no se mueven al golpe del tambor. El canto, las oraciones y el eco embriagante del biche retumban en las gargantas. El sudor recorre la piel como si fuera el único lugar para expulsar las penas. Pupilas dilatadas. Las máscaras obligan y vigilan el baile. Prohibido quedarse quieto.

Es “el baile del matachín”, una tradición religiosa de Buenaventura que cierra la Semana Santa pero que desde hace un poco más de cinco años se convirtió en un símbolo de resistencia y memoria en el barrio Punta del Este. El 19 de abril de 2005, doce cuerpos adolescentes fueron encontrados con indicios de tortura, desmembramiento y, algunos, reducidos en ácido (Cardona, 2014: 37-39).



Fotografía de Jorge Bautista. La última noche de la violencia. Evento realizado en el marco de la exposición *Voces para transformar a Colombia*.

Cali, 2019.

Luego de 3 años de acompañamiento a las familias, habitantes y organizaciones que han estado presente en la planeación y realización de las diferentes ediciones de la conmemoración denominada La Última Noche de la Violencia, son muchas las reflexiones, emociones, pero sobre todo preguntas que se han abierto, todo en la perspectiva de fortalecer los ejercicios de memoria adelantados desde hace 12 años en el barrio.

Las formas como en el barrio Punta del Este se ha vivido y resistido el conflicto armado, me fueron llevando a involucrarme con las familias y habitantes, con el fin de comprender los daños culturales que sufrió la comunidad por cuenta de la masacre, los proyectos colectivos que fueron transformados, las formas como a través de la danza y el fútbol fue agenciada

la conmemoración como un proceso de sanación y denuncia, así como las debilidades que han de ser superadas con el fin de poder tener mayor sostenibilidad económica, mejores condiciones de vida en el barrio, e incidencia jurídica en el caso.

Explorar las causas y consecuencias de los ataques a prácticas culturales por parte de los actores armados ilegales en el país, significó una serie de aprendizajes referidos a: las formas de investigación acción como es posible acercarse a prácticas culturales en contextos de violencia y memoria histórica, los efectos de las conmemoraciones y sus limitaciones, así como la importancia de los tráficos culturales que para la comunidad se acercan a lo que sus ancestros denominaban comercio cultural.

Los aprendizajes se fueron condensando en el presente documento, de forma tal que lograra retratar brevemente la fundación del barrio, la masacre, y el surgimiento y desarrollo de la conmemoración, constituyéndose como un insumo necesario e inexistente para el ejercicio de memoria desarrollado por las familias de los jóvenes asesinados.

Por último la investigación fue acompañada de forma paralela por una serie de acciones que permitían fortalecer las denuncias realizadas por la comunidad, así como establecer lazos de confianza y generar algunos productos que pudieran servir para tener mayor incidencia jurídica en el caso y de paso poner en práctica, algunos de los aprendizajes que iban saliendo conforme el trabajo con la comunidad se hacía cada vez más cercano.

Los diferentes marcos conceptuales bajo los cuales fueron analizados los efectos de las prácticas del fútbol y la danza de los matachines, permitieron ir encontrado en la categoría de daños culturales, una oportunidad en la que los Estudios Culturales, pueden contribuir a comprender las transformaciones colectivas e inmateriales que han sufrido las comunidades y que como en el caso de Punta del Este se ubican entre la guerra y la resistencia.



Fotografía de Jorge Bautista. La última noche de la violencia. Evento realizado en el marco de la exposición *Voces para transformar a Colombia*. Cali, 2019.

Desde el inicio de la investigación fui comprobando que la masacre se constituyó como una afectación a toda la ciudad, la cual en términos generales comparte un mismo relato sobre lo ocurrido. El relato compartido a nivel de ciudad es el de las madres de los jóvenes que con dolor narran la complicidad de las instituciones estatales, en la realización de la masacre, dirigida a 11 jóvenes del barrio, quienes tenían como aspiración principal salir adelante con las practicas del fútbol y los matachines.

Este relato compartido, que fui comprendiendo, se ha construido a través de los ejercicios conmemorativos denominados La Última Noche de la Violencia, los cuales se han valido de los símbolos de la máscara del Matachín y el Balón de Fútbol, para crear una comunidad de sentido con eventos y manifestaciones públicas, a través de plantones, partidos de fútbol, canciones, poemas y murales.

La conmemoración ha tenido también una dimensión más privada orientada de forma central por la danza de los matachines, la cual ha pasado

de ser un ritual religioso practicado por sus ancestros de la región de Yurumanguí, a ser un espacio de sanación y catarsis colectiva, donde se combate simbólicamente a la impunidad, se llora, canta y grita, mientras se dignifica la vida y sueños de los jóvenes asesinados.



Fotografía de Jorge Bautista. Viacrucis por la memoria. Buenaventura, abril 2019.

Las dimensiones privadas y públicas de la conmemoración, han contribuido a crear una comunidad de sentido para toda la ciudad, a sanar y denunciar la impunidad, aun así sus efectos se han quedado cortos en la modificación de las muy precarias condiciones de vida materiales de las familias y habitantes del barrio, así como en la posibilidad de incidir en el estadio jurídico del caso. Teniendo en la actualidad un notable desgaste en la organización y realización de la conmemoración, luego de 12 años ininterrumpidos, donde las familias y organizaciones sociales acompañantes, cuestionan su verdadera eficiencia.

Poco a poco, mientras acompañaba las diferentes conmemoraciones, fue apareciendo con más fuerza la pregunta por las causas de la masacre, más aún a vísperas de los 15 años de total impunidad. Aunque el suceso continúa siendo prácticamente inexplicable para las familias y habitantes del barrio, tres cosas aparecieron con fuerza en los relatos: el gusto por el fútbol y su esperanza en el cómo proyecto de vida, el interés por recuperar y mantener la danza de los matachines y la posibilidad de hacer del barrio una Yurumanguí pequeña.

¿Por qué asesinar esos jóvenes específicamente?, ¿Por qué torturarlos?, ¿Por qué en ese momento?, ¿Por qué en ese lugar?, dichas preguntas que fueron orientando las múltiples charlas y entrevistas con familiares y personas cercanas, aunque siguen sin tener una respuesta clara y definitiva, inevitablemente tienen que ver con el proyecto de hacer del barrio Punta del Este una Yurumanguí pequeña, a través de las practicas del fútbol y la danza de los matachines.

La masacre fue un mensaje a través del cual los grupos paramilitares post desmovilización, buscaron afectar dos prácticas culturales, sin lo cual era imposible que logran tener control territorial sobre un sector de gran interés para la ampliación comercial del puerto. Las relaciones que se tejían alrededor de la cancha de futbol y vía de acceso al barrio, estaban orientadas por su visión ancestral de hacer del territorio un lugar de comercio cultural, que respeta sus tradiciones y con ellas genera intercambios para el desarrollo colectivo.

Desde la migración de las familias de Yurumanguí y posterior fundación del barrio, su territorio se fue constituyendo como un bien común, permeado de relaciones de solidaridad e intercambios de dones, en el cual ni actores privados, ni públicos podrían llegar a controlar o mandar, sin antes desestructurar las relaciones culturales tejidas alrededor de él, lo cual explica el evidente interés por propiciar un daño cultural que de paso sirviera de mensaje a toda la juventud de la ciudad.

El proyecto colectivo que fue desestructurado con el asesinato de los jóvenes y que congeló el uso del único espacio colectivo del barrio por dos años, no ha podido ser retomado del todo, el ejercicio conmemorativo presenta desgastes y falta de constancia lo que se hace cada vez más evidente en el barrio y en sus habitantes. Dichos desgastes y debilidades dieron también paso a la invitación constante por contribuir desde mi investigación al proceso de memoria, elaborando una necesaria reconstrucción escrita del caso, así como una serie de acciones y productos desarrollados de forma paralela.

Lo primero fue proponer y realizar a lo largo de las conmemoraciones del 2017, 2018 y 2019 una serie de cine foros como parte de la programación central, constituyéndose así como una iniciativa de llegar de formas distintas a otros públicos, con el fin de reflexionar sobre otros casos donde el fútbol y la danza adquieren una importancia central para la vida cotidiana de las comunidades.

Se presentaron todos los videos grabados en el barrio, así como varios capítulos de la serie documental ¿Y dónde es el partido? y el documental Nueva Venecia sobre la reconstrucción de memoria histórica a través del fútbol en el Atlántico. Las discusiones fueron interesantes y permitieron que se reconociera la importancia de la conmemoración atrayendo nuevos públicos, así como el reconocimiento de videos producidos en el barrio que sus habitantes no conocían.

En línea con el cine foro, y en conjunto con las madres de los jóvenes se formuló la necesidad de grabar un corto sobre los 13 años de la masacre, a partir de las acciones de la conmemoración del 2018, el cual se denominó 12 disparos a gol (Anexo 2), video que luego en el 2019 fue presentado y validado con la comunidad, constituyéndose como un insumo más que luego dio paso a la primer exposición sobre la masacre.





Fotografías de Jorge Bautista, cine foros realizados entre abril del 2017 y abril del 2019.

El video denominado 12 disparos a gol, luego también en idea conjunta se convirtió en el primer componente de una exposición audiovisual, que fue financiada en conjunto con Casa Bolívar de American School Way, en una convocatoria sobre exposiciones que hablaran de futbol como un proceso más allá de lo deportivo. La propuesta fue cofinanciada y expuesta en esta galería de arte del centro de Bogotá durante más de una mes.

La exposición luego acompañó varios de los eventos de la Asociación Futbol Conciencia en ciudades como Cali, Bogotá y Medellín, antes de ser llevada al barrio, para la conmemoración del 2019, donde niños y niñas se sorprendieron de verse en las fotografías y algunos de ellos, adoptaron el rol

de mediadores y de forma autónoma comenzaron con los cuadros a contar a los asistentes lo retratado por las fotografías.



Fotografía de Santiago Castro, galería Casa Bolívar, junio 2018.

DOCE DISPAROS A GOL

SetOut

Busca aproximarse al entendimiento del lugar que ha tenido la práctica del fútbol en el conflicto armado colombiano.

El **19 de Abril del 2005**, doce jóvenes salieron del barrio **Punta del Este, Buenaventura**, con la promesa que les hizo un desconocido de ir a jugar un campeonato relámpago para poder llevar algo de dinero a sus casas, dos días después, flotando sobre el estero de la vereda Las Vegas a las afueras de la ciudad, hallaron sus cuerpos sin vida y con señales de tortura.

Fueron velados en la cancha del barrio y comenzó a activarse un proceso donde el **fenómeno del fútbol** es una práctica de memoria, reivindicación de la dignidad de los jóvenes masacrados y de los derechos de sus madres, familiares e incluso habitantes del barrio.

ESTE ES UN HOMENAJE A LA **VIDA**, ANCLADA ESTRECHAMENTE AL BINARIO DISFRUTE DEL **CUERPO** Y EL **SER** A TRAVES DE LA **REDONDA**.



Fútbol
CONCIENCIA

•Centro Cultural•
**CASA
BOLIVAR**

El poder llevar la exposición a muy diversos escenarios me permitió entender y socializar desde otros lugares y con otros públicos, las implicaciones de jugar fútbol y danzar los matachines en un contexto atravesado por el conflicto armado. Los tráficos culturales que de alguna forma la exposición comenzó a permitir, sacaron las prácticas culturales de su ejercicio conmemorativo y las expusieron desde lenguajes distintos, lo que fue trayendo consigo otra serie de intercambios así como una difusión más amplia de la masacre y la conmemoración.



Fotografía de Jorge Bautista, Miguel socializando por primera vez una masacre que vivió siendo un bebé. Abril 2019.

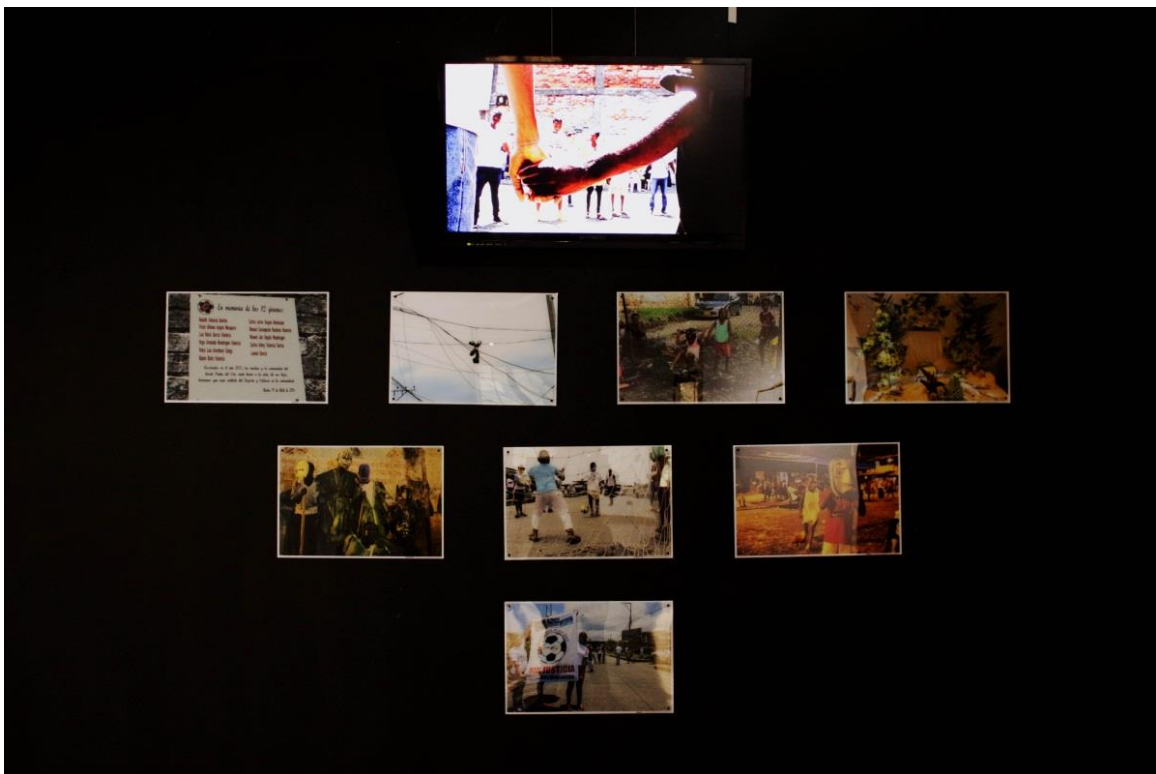
La exposición propicio posteriormente dos transformaciones más, por un lado se constituyó como un insumo sensible, que fue recorrido por los miembros del equipo de curaduría del Museo de Memoria de Colombia, quienes además de interesarse del caso, aceptaron crear un plan de trabajo, donde entre sus intereses, la investigación y la comunidad se insertara el caso

dentro del guion definitivo del museo, con el fin de hablar de los daños culturales de la guerra.

El proceso de incidencia dio paso luego a la reconstrucción de tres perfiles biográficos (anexo 1), que la investigación entrego tanto a las familias como al museo, por petición de ambas partes. Al final se organizó y desarrollo el evento La Última Noche de la Violencia como parte de la programación del Muso en la ciudad de Cali, constituyéndose como la primer salida de la danza de los matachines de su contexto, lo que además logro juntar a la totalidad de las madres y familiares de los jóvenes, lo que por muy diversas circunstancias no sucedía en el barrio. Al final la comunidad hizo entrega de una de las máscaras al Museo.



Fotografía de Lorena Luengas. Mascara donada al MMC por la comunidad del barrio Punta del Este, Cali, 19 de octubre 2019.



Fotografía de Santiago Castro, galería Casa Bolívar, junio 2018.

Por último la exposición se transformó en un formato que pudiera ser llevada, montada y expuesta de forma más ligera, convirtiendo las fotografías por idea de uno de los jóvenes del barrio, en Stickers (anexo 3) que luego fueron además comercializados en Bogotá, volviéndose fuente de financiación y divulgación del proceso. Los Stickers fomentaron más aun la idea de tráficos culturales, constituyéndose como un insumo de fácil tráfico que da a conocer el proceso y sirve de fuente de financiación.

Las acciones emprendidas en conjunto con la comunidad y como parte del proceso mismo de investigación, fomentaron a partir de otros lenguajes artísticos nuevas formas de socializar el caso, lo que se convirtió a su vez posteriormente en fuente de financiación e insumo para incidir en el Museo de Memoria de Colombia.

Fueron 3 años de acompañamiento que seguro continuaran, la investigación me permitió no solo poder discutir y aportar sobre las implicaciones de la práctica del fútbol y la danza en contexto atravesados por el conflicto armado,

sino también contribuir y actuar en un proceso de memoria histórica que seguirá denunciando la impunidad y mostrando al país las formas como un daño cultural se convierte también en semilla de memoria y resistencia.

Hacer parte de este proceso me llevo a descubrir nuevas dimensiones de la guerra en el país, a acercarme de forma vivencia a el entramado invisible sobre el cual se soporta culturalmente la guerra y la violencia. También logre entender que las más grandes vulneraciones, son también nuevas posibilidades. Que el futbol y la danza, así como la historia misma de nuestro país, han oscilado entre la violencia y la resistencia.

Al igual que para mí, el futbol para los 11 jóvenes de Punta del Este era su vida misma, por eso y para ellos, vale la pena continuarse preguntando, reflexionando, sobre como parar la guerra en nuestro país, y para eso entendí junto con las madres de ellos que debemos continuar haciendo, y aportando y que a través del futbol y la danza se construyen sueños colectivos, que son las semillas de paz que pueden lograr contribuir a desmontar los hilos invisibles, los hilos culturales de una guerra que pareciera no tener fin.



Fotografías de Jorge Bautista, mándala por la memoria. Abril del 2019.

BIBLIOGRAFÍA

- Alexander, J. (2003). *Meanings os Social Life: A Cultural Sociaology*. Oxford: Oxford University Press.
- Angulo, V. (17 de Abril de 2019). Impactos de la masacre en Buenaventura. (J. Bautista, Entrevistador)
- Aramburo, B. (12 de Septiembre de 2019). Grupo Focal Historias de Vida. (J. Bautista, Entrevistador)
- Aramburo, B. (2017). Poema sobre los 12 de Punta del Este . Buenaventura, Punta del Este, Colombia.
- Baquero, G. (2016). *El fútbol: una alternativa de paz para los jóvenes de la comuna 4 de Altos de Cazucá*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, informe presentado como opción de grado de la Especializacion en Accion Sin Daño y Contruccion de Paz.
- Benjamin, W. (1982). *Discursos interrumpidos I*. Madrid: Tecnos.
- Cabezas Martínez, J. (2008). "El daño cultural en la jurisprudencia de la corte interamericana de derechos humanos: ¿nueva categoría jurídica?" *Revista Jurídica*: 389 - 400. Consultado en: <https://www.revistajuridicaonline.com/2008/03/el-dao-cultural-en-la-jurisprudencia-de-la-corte-interamericana-de-derechos-humanos/>
- Canclini, N. G. (2010). *La Sociedad Sin Relato. Antropología y estetica de la inminencia*. Buenos Aires: Editorial Katz.
- Canclini, N. G. (2010). *La Sociedad Sin Relato. Antropología y estetica de la inminencia*. Buenos Aires: Editorial Katz.
- Cardona, A. (2014). "'Los matachines' de Buenanventura". *Revista Conmemora*, 1: 36-39.
- Castro Gómez, S. (2009). Las políticas culturales como un patrimonio de la nación. En *Compendio de políticas culturales*. <http://www.mincultura.gov.co/?idcategoria=1825>.

- Catumbara, C. (2016). "Construcción de espacios comunes y colectivos. Aportes conceptuales al territorio urbano". *Bitacora Urbano Territorial*, 26 (1): 9-22. <https://doi.org/10.15446/bitacora.v26n1.58028>
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2013). *¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2015). *Buenaventura: un puerto sin comunidad*. Bogotá: CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2016). *El derecho a la justicia como garantía de no repetición*. Volumen II. Bogotá: CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2017). *Museo Nacional de la Memoria: un lugar para el encuentro. Lineamientos conceptuales y guion museológico*. Bogotá: CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (s.f.) *Observatorio de Memoria y Conflicto*. Consultado en:
<http://centrodememoriahistorica.gov.co/observatorio/>
- Congreso de la República. (2011). *Ley 1448 de 2011*. Consultado en:
<https://www.unidadvictimas.gov.co/sites/default/files/documentosbiblioteca/ley-1448-de-2011.pdf>
- Cubillos, E. (2017). *Voces como imágenes: ciudadanías en el límite, fotografía y agencia cultural en Altos de Cazucá*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Universidad del Rosario.
- DaMatta, R. (2002). *Carnavales, malandros y héroes. Hacia una sociología del dilema brasileño*. Mexico, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Delgado, M. (1999). *El animal público*. Barcelona: Anagrama.
- Delgado, M. (s.f). Lo común y lo colectivo. *Lo Común y lo Colectivo*. (pág. 11). Barcelona.: Universidad de Barcelona.
<https://archive.org/details/locomunylocolectivoporMDelgado2008>
- DOSSIER CARNAVAL DE BARRANQUILLA, Obra Maestra del Patrimonio Oral e Intangible de la Humanidad. En *Huellas 25 años. Barranquilla y su carnaval, obra*

maestra del patrimonio oral e intangible de la humanidad, 71, 72, 73, 74.

Barranquilla: Uninorte, 2005: 275–421.

El Tiempo. (2005, abril 22). “Nueva masacre en Buenaventura”. *El Tiempo*.

Consultado en: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1630619>

Escobar, T. (2008). *El mito del arte, el mito del pueblo*. Asunción: Museo del Barro.

Gil, M. E., & Paramo, P. (2010). *La dimensión social del espacio público. Aportes para la calidad de vida urbana*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.

Gómez García, C. I. (2016). *Gobierno de los bienes comunes como posible solución al conflicto de usos del suelo generado por la expansión de la frontera agrícola en el páramo de Sumapáz, municipio de Gutiérrez (Cundinamarca)*. Bogotá: Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, tesis para optar al título profesional en Gestión y Desarrollo Urbanos. consultado en:

<https://repository.urosario.edu.co/bitstream/handle/10336/12966/GomezGarcia-Claralsabel-2016.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

González Vélez, E. (2015). *Tráficos culturales. La construcción de nuevas subjetividades en las periferias de Medellín y Sao Paulo*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, tesis para optar al título de Doctora en Ciencias Humanas y Sociales. Consultado en:

<http://bdigital.unal.edu.co/51287/1/estefaniagonzalezvelez.2016.pdf>

Guerrero, H. L. (2010). *Los motivos de la participacion y el arte popular. El trueque y la fiesta en el ENTEPOLA Colombia*. Bogotá.: Universidad Nacional, Facultad de Ciencias Humanas.

Hintze, S. (2003). *Trueque y Economía Solidaria*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

- Hoggart, R. (1957). *La cultura obrera en la sociedad de masas*. México: Grijalbo.
- Holguín, I. (2017). "Los bienes comunes y lo común: escenario para la paz en Colombia a partir de nuevas ciudadanías". *Polisemia*, 13 (23): 33–48. <https://doi.org/10.26620/uniminuto.polisemia.13.23.2017.33-48>
- Jauss, H. R. (1992). *Experiencia estetica y hermeneutica literaria*. . Madrid: Taurus.
- Jauss, H. R. (2002). *Pequeña apología a la experiencia estética*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Jimeno, M., Varela, D. y Castillo, Á. (2015). "Narrativa del trauma y recomposición social. A propósito de los doce años de la masacre del Naya". *Errata*, 13: 100-119. Consultado en: https://issuu.com/revistaerrata/docs/errata13_9e3c742c327b7a
- Lafuente, A. (2007). Los cuatro entornos del procomún. *Archipiélago. Cuadernos de Critica de la Cultura*.
- Lafuente, A. (2008). El bien común como adaptacion. *Revista semestral de los Centros de Investigacion Cooperativa de Euskadi*, 24-26.
- Lafuente, A. y Corsín Jiménez, A. (2010). "Comunidades de afectados, procomún y don expandido". *Fractal*, 57: 17-42. Consultado en: http://digital.csic.es/bitstream/10261/29806/1/procomun_don_expandido.pdf
- Lafuente, A., Estalella, A., & Rocha, J. (2013). Laboratorios de procomún: experimentación, recursividad y activismo. *Teknokultura Revista de Cultura Digital y Movimientos Sociales*, 21-48.
- Martín-Barbero, J. (1998). *De los medios a la mediaciones*. Bogotá: Convenio Andres Bello.
- Martín-Barbero, J. (2007). "Reconfiguraciones de lo público y nuevas ciudadanías". En: J. E. González (ed.), *Ciudadania y cultura*. Bogota: Universidas Nacional de Colombia, Universidad del Valle, Tercer

- Mundo, pp. 11-36. Consultado en:
<http://bdigital.unal.edu.co/1251/3/02CAPI01.pdf>
- Mauss, M. (2007). *Ensayo sobre el don. Forma y funcion del intercambio en las sociedades arcaicas*. Buenos Aires: Editorial Katz.
- Mestizo, D. (13 de octubre de 2017). Situacion juridica y cultural de Punta del Este. (J. Bautista, Entrevistador)
- Miñana, C. (2004). "Bogotá busca fiesta: Entre el Halloween y el carnaval". Quito, *V Encuentro para la Promocion y Difusión del patrimonio inmaterial de las Países Andinos*.
- Morales, L. (2018, noviembre 27). "Custodios del Yurumanguí". *Semana*. Consultado en: <https://www.semana.com/nacion/articulo/yurumanguí-uno-de-los-rios-mejor-conservados-gracias-a-la-comunidad/592468>
- Murillo, G. M. (2014). *Percepción de los familiares de las víctimas de la masacre de punta del este comuna 5 del distrito de buenaventura sobre el proceso de reparación administrativa adelantado por el estado colombiano*. Buenaventura: Universidad del Pacífico, tesis para optar al título de Sociología
- Ostrom, E. (2000). *El gobierno de los bienes comunes*. Méxco D.F.: Fondo de Cultura Economica.
- Ostrom, E. (2001). Reformulating the commons. *Protecting the commons: a framework for resource management in the Americas*. Recuperado de <https://nocionescomunes.files.wordpress.com/2013/02/>. Con ese título encontré un artículo del año 2000 (<https://doi.org/10.1002/j.1662-6370.2000.tb00285.x>) y un libro de 2001, pero editado por ella en compañía de otros autores (<https://islandpress.org/books/protecting-commons>)
- Ostrom, E. (2003). Una perspectiva del capital social desde las ciencias sociales: capital social y acción colectiva. *Revista Mexicana de sociología*, 155-233.

- Renteria, J. (17 de 03 de 2019). Proceso de escuela de Fútbol. (J. Bautista, Entrevistador)
- Ruiz, A. (12 de Octubre de 2017). Panorama general de Buenaventura y del barrio Punta del Este. (J. Bautista, Entrevistador)
- Sánchez, G. (2013). "Prólogo". En: *!Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: CNMH, pp. 13-16.
- Torres, I. y Rubio, R. (2006). *Teatro efimero. Propuestas de exigibilidad de derechos y resistencia civil a la violencia y al autoritarismo con hombre y mujeres jóvenes*. Bogotá: Fundación Cultural Rayuela.
- Valencia, R. (12 de septiembre de 2019). Punta del Este antes de la masacre. (J. Bautista, Entrevistador)
- Valencia, R. (17 de 04 de 2019). Madre de manuel concepción renteria valencia. (J. Bautista, Entrevistador)
- Vich, V., & Zavala, V. (2004). *Oralidad y Poder*. Bogota: Grupo Editorial Norma.
- Vidal, J. V. (2012). Bienes comunes urbanos. Una aproximación inicial. *Diseño Urbano y Paisaje*.
- Vignolo, P. (2014). "La fiesta como bien común. Paradojas y propuestas alrededor de la declaratoria UNESCO del Carnaval de Barranquilla como "Patrimonio Cultural de la Humanidad". En: M. Chaves, M. Montenegro y M. Zambrano (comps.), *El valor del patrimonio: mercado, políticas cuturales y agenciamientos sociales* Bogotá: ICANH, pp. 275-308.
- Vignolo, P. (2015). "La memoria como horizonte de lo posible". *Errata*, 13: 92-99.
- Virno, P. (2003). *La gramatica de la multitud*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Williams, R. (2003). *La larga revolucion*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Zibechi, R. (2008). *América Latina: periferias urbanas, territorios en ressitencia*. Bogotá: Desde Abajo.

ANEXOS

ANEXO 1. Perfiles de matachines entregados al Museo de Memoria de Colombia³

Mi nombre es Manuel Concepción Rentería Valencia, nací el 11 de septiembre de 1989, tengo 16 años, mis padres son Miguel Ángel Rentería Valencia y Regina Valencia, conocida como doña Chinita. Ambos llegaron a Punta del Este muy jóvenes, provenientes de la región de Yurumanguí.

Mis amigos me conocen como Piro, dado que mi padre de cariño me decía Pirulito. En casa me regañan mucho por el desorden del cuarto. Yo solo espero ser un gran matachín y un gran futbolista para poder tener para mí, mis hermanos y padres, una casa más grande donde todo nos quepa.

Me gusta mucho vestirme totalmente de negro en las ocasiones especiales, aun así, quiero mucho mi pantaloneta azul y mi camiseta amarilla. Mi madre es la partera actual del barrio, incluso, ella misma me tuvo sola en un cuarto. Es una mujer fuerte, por eso esta vez le llevo tres bombones de chocolate, con la alegría y cariño que siempre me transmite.

Mi hermano mayor es actualmente el presidente de la Junta de Acción Comunal del barrio. Una de las cosas que más admiro de él son las máscaras de matachines que cada año elabora.

Hace menos de ocho días que salí del hospital, por una hepatitis que me dio. Me toca siempre cargar con las dos pastas del día. Dicen que debo durar como un año en recuperación. Eso me tiene triste, porque me alejó este año de la danza de los matachines que acaba de pasar y no he podido jugar fútbol con mis amigos.

El tren Valencia es primo hermano de mi madre. Yo sueño que algún día pueda ser como él y salir adelante con lo que nos gusta que es bailar y jugar, para que algún día mi madre pueda tener la casa que se merece.

³ Perfiles reconstruidos en el marco de la investigación de esta tesis y entregados al Museo de Memoria de Colombia para su incorporación al guion de la muestra permanente.

Sueño con salir adelante siendo un matachín futbolista.

Mi nombre es Carlos Arbey Valencia García, tengo 18 años y mi familia y amigos me conocen como Prisi. No recuerdo exactamente la fecha en que llegue acá, a Punta del Este.

Yo realmente me crié en la costa, pero mi abuela y tía me pidieron que me viniera acá para poder ayudarles a ellas en todo, ya que estaban acá solas, luego poco a poco mis hermanos fueron también llegando al barrio.

Lo que más me ha gustado de acá es jugar batazo, que es con un bolillo y un balón. Le damos bate al balón y hay una persona encargada de ir a recogerlo donde caiga. Como las casas son altísimas el balón no llega tan lejos. Si uno quería que el compañero se demore trayendo el balón se lo mandaba para detrás de las casas y hasta que no ponche a alguno no podía dejar de perseguir el balón, ese es el juego de la gallada de nosotros. Y jugar fútbol. También me uní al grupo que danza de los matachines, pues ese baile y su historia me ha gustado mucho y me ha ayudado a hacer muchos amigos como Kinki y Piro.

Lo que más me gusta a parte del fútbol y la danza es ir a donde mi abuela a comer y luego ir con los muchachos a pescar o a bajar chontaduro de los árboles.

Soy el más alto de mis hermanos. Mi hermano Jefferson actualmente es quien lidera la escuela de fútbol del barrio, él también está aprendiendo a cortar el cabello y cuando me ve muy mechudo me peluquea, aunque a veces me deje muy alto, jajaja.

Sueño con salir adelante siendo un matachín futbolista.

Mi nombre es Rubén Darío Valencia Aramburo, tengo 17 años, mi madre es Bolivia Aramburo y a veces me gusta molestarla diciéndole “Bolivia”, como le dice mi papá y no “mami”, como a ella le gusta.

Estoy estudiando el grado octavo por las noches, mientras en el día trabajo casi siempre limpiando botellas y descargando madera del puerto. Mis colores favoritos son el azul y el amarillo y amo la música de Tego Calderón. Me sé sus canciones de memoria y todo.

Mi madre llegó acá traída por mi tía Alba. Ellas nos han contado las historias de Yurumanguí y me he convertido en uno de los matachines. Soy el segundo de doce hermanos.

Recuerdo mucho cuando le compré a mi mamá de regalo unos vasos de cristal. Ella se enojó pensando que yo quién sabe de dónde los había sacado, pero yo trabajé toda la mañana limpiando botellas donde el paisa para poder comprarlos.

Mi plato favorito es el arroz con fríjol y pescado, así como el chontaduro. Me gusta mucho ser amiguero y trabajar duro para que mi mamá viva bien y no les pegue a mis hermanos pequeños.

Lo que más me gusta es bailar y jugar fútbol. Me gusta ser portero, pero también jugar en otras posiciones y sí creo que podemos salir adelante con eso.

Me gustaría que todo Buenaventura viera la danza de los matachines, pues es muy importante para lo que nosotros somos. La Semana Santa pasada salimos a la avenida principal a bailar y eso fue muy bonito, hasta nos daban plata los conductores y estaban muy impresionados.

Sueño con salir adelante siendo un matachín futbolista.